

Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

13 espías, mal número

Todos los agentes de la CIA en Tomocan han sido detenidos y están prisioneros, acusados de espionaje y alguien escribe una nota a la CIA solicitando una entrevista con un agente importante.

La encargada es la agente Baby, que acude a la cita con un espía que afirma que puede sacar a los 12 agentes de prisión y devolvérselos a la CIA por un módico precio.



Lou Carrigan

13 espías, mal número

Brigitte en acción - 130

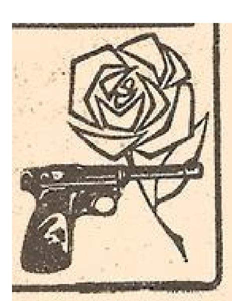
ePub r1.0

Titivillus 03.08.2017

Lou Carrigan, 1971
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte

EN ACCION



Capítulo Primero

En un gran letrero de letras rojas bordeadas de azul, ponía el nombre del lugar: «Balneario Playasol». Colgaba sobre el gran portalón de entrada, y quedaba a la sombra de algunos de los árboles de frondosas copas. Luego, había un camino de tierra y arena gruesa, que llevaba directamente al balneario, también muy sombreado. La sombra era muy importante allí, porque el calor era más que considerable. El sol lucía en el cielo casi perpendicularmente a la Tierra, y el aire parecía lleno de leves capas de cristal que ondulaban suavemente. Bajo muchos de aquellos convenientes árboles, a su fresca sombra, se veían grupos de personas en traje de baño, dormitando o conversando, algunos leyendo… En seguida se llegaba al edificio del balneario, que era muy blanco, y con tejado rojo.

Ver aquel edificio ligero y alegre, también bajo grandes manchas de sombra, era en verdad refrescante. Y aún más refrescante resultaba ver, muy cerca, el mar, azul, verde y blanco, reluciendo fuertemente bajo el sol. Cerca de la playa se veían sombrillas grandes, de techado de paja, construidas en forma cónica. También se veían parasoles de lona, de colores. Y palmeras. Muchas, muchísimas palmeras. Y en el cielo, como ajenas al ardor del sol, algunas gaviotas volaban reposadamente, como suspendidas en el espacio, abiertas sus grandes alas…

En resumen: si alguien quería estar tranquilo, gozar del mar, del sol, de las gaviotas y de las palmeras, sólo tenía que tomar su coche, desplazarse al «Balneario Playasol», y olvidarse del mundo y de sus mentiras y miserias. Aquello sí era vida. Lo demás, un triste y deplorable simulacro.

Y a lo mejor, eso pensaba el hombre alto y gordo que se apeó del coche que acababa de detenerse bajo una de las abundantes zonas de sombra del «Playasol». Hizo una seña a los dos hombres

que iban en el asiento de atrás, y uno de ellos pasó al volante del auto. Era feo, menudo, sudaba copiosamente, y parecía a punto de dormirse, aunque apenas eran las once y media de la mañana. El que se quedó en el asiento de atrás era aún más feo, pero grande, fuerte, poderoso…, y sudaba aún más, si bien parecía más capaz para resistir el sueño, la fortísima modorra matinal. Estuvieron mirando al hombre alto y gordo que había salido del coche, y luego se fueron tras él, con el coche, pero manteniendo la distancia.

El hombre alto y gordo no parecía ni feo ni guapo. Llevaba una tupida barba, lentes de sol y un formidable bigotazo, de modo que no era fácil formarse ni la más ligera idea respecto a su posible belleza masculina. Vestía de blanco, llevaba un sombrero blanco, un bastón blanco y zapatos blancos. O sea, que era como un gran elefante blanco caminando torpemente por la arena, paralelamente al mar. Optó por quitarse los zapatos, y eso facilitó bastante su marcha. El mar llegaba en suaves olas cerca de sus pies, pero el hombre alto y gordo no le hacía el menor caso.

Iba mirando a las personas que había en la playa, la mayor parte bajo las sombrillas cónicas de paja o los parasoles de lona listados en alegres colores. Algunos preferían tostarse al sol, igual que camarones a la parrilla. Una de dos: o se pondrían admirablemente morenos, o acabarían con una insolación brutal, que hasta haría peligrar sus vidas, en algunos casos. De un modo u otro, el ambiente era tranquilo y al mismo tiempo alegre Más que alegre… Era plácidamente feliz. Exacto: plácidamente feliz.

Por fin, el hombre alto y gordo se detuvo. Se quedó mirando a la persona que había bajo una de las sombrillas cónicas de paja tendida en una extensible de lona, de las que alquilaban en el balneario. Estaba a la sombra, con lo que demostraba su prudencia, y hasta su inteligencia: el sol como todas las cosas, es bueno si se toma con medida, bien dosificado. Pero, además de prudente o inteligente, aquella persona merecía que cualquiera, o al menos cualquier hombre, se detuviera a contemplarla.

Era una mujer. Rubia, rubísima, como si sus cabellos fuesen realmente rayos de sol. Estaba en bikini, leyendo un libro, bien protegidos sus ojos por lentes de sol. Lo que no quedaba demasiado protegido era el cuerpo, que, debido al bikini, quedaba prácticamente al descubierto. Sí, señor: valía la pena pararse a

contemplar a aquella rubia, cuyo cuerpo no podía ser más perfecto, más dorado, más elegante y sugestivo, más dulce y delicado. Si hubiera sido una estatua seguramente a alguien se le habría ocurrido la buena idea de ponerla en un pedestal, y, debajo, un cartelito que dijera: «mujer perfecta».

Y el hombre alto y gordo debía ser un admirador de la perfección, porque se acercó lentamente a la rubia rubísima. Vio el libro que tenía en las manos, y sonrió al ver el título; era «El mono desnudo», de Desmond Morris, en edición inglesa o norteamericana, evidentemente.

—Buenos días —saludó el hombre alto y gordo, en inglés.

La hermosísima rubia bajó el libro, miró de arriba abajo al sujeto y dijo, desganadamente:

—Vaya si lo son, sí, señor.

Y continuó leyendo. El alto y gordo había hablado en inglés, ella le había contestado en el mismo idioma, y eso parecía ser todo lo que estaba dispuesta a decir. Pero el sujeto vestido de blanco tenía otras ideas muy diferentes.

—He leído ese libro, en una buena traducción. Entiendo que es un tanto escabroso y mortificante para los seres humanos, ¿no?

La rubia volvió a bajar el libro, miró de nuevo de arriba abajo al inoportuno conversador, y aprobó con la cabeza.

—En resumen —contestó de nuevo en inglés—, el autor no nos dice nada nuevo. Sabemos ya que el ser humano no es digno de fiar, ni tan perfecto y divino como se cree a sí mismo.

—Bueno… Eso sería tema para una conversación muy larga, señorita.

—Me temo que sí. ¿Cómo se llama usted, señor?

—John.

—Oh… Bien, vayamos directos al asunto. Yo me llamo Nora Tisdale, soy una agente de la CIA y, de acuerdo a las instrucciones que recibí, aquí estoy, en el lugar, fecha y hora exacta que alguien indicó. Y con el libro de «El mono desnudo» en las manos, para ser identificada.

—Esperábamos a un hombre —musitó John.

—Quizá venga más adelante, si es preciso. Por el momento, yo soy quien está aquí, y es un hecho que ya no podrá ser alterado. Espero que no cometa la descortesía de decirme que he hecho el

viaje en vano, señor… John.

—Quizá no… —sonrió el hombre—. Si usted fuese una mujer que es famosa en ciertas… actividades, creo que lo prefiero así. Le estoy hablando de una compañera suya de la CIA, señorita Tisdale.

La rubia suspiró muy decepcionada.

—Siempre me ocurre lo mismo: cada vez que tengo que solucionar algún asunto, las personas con las que tengo que tratar se sienten poco menos que estafadas cuando les digo que no soy la agente Baby… Comprenda usted, señor, que Baby no puede estar en todas partes a la vez. Las demás agentes también trabajamos. ¿No quiere sentarse en la arena, a la sombra? No es que me importe demasiado su salud, pero me molesta ver sudar a la gente.

John asintió con la cabeza y se sentó a la sombra, junto a las bellísimas piernas de Nora Tisdale, la cual había tomado su bolsito, sacó cigarrillos americanos, ofreció a John y encendió el de éste y el suyo con un precioso encendedor de platino.

John expelió una larga, blanca y aromática columnita de humo, dejó de contemplar los perfectísimos, casi infantiles pies de la rubia, y la miró al rostro; no a los ojos, pues quedaban ocultos todavía por los lentes de sol, igual que los del propio John.

—Sin embargo —murmuró—, el asunto del que nos estamos ocupando es lo bastante importante para provocar la intervención de Baby o, al menos, de un agente bien preparado.

—¿Supone usted que yo no estoy bien preparada? —sonrió la rubia.

—No lo sé. Espero que sí. Bien… Me imagino que en primer lugar, quiere usted ver pruebas, señorita Tisdale.

—En efecto. No es fácil detener a la vez a doce agentes de la CIA Me gustaría asegurarme de ello antes de seguir hablando.

John volvió a asentir con la cabeza. Sacó un sobre de un bolsillo interior de su chaqueta, y lo tendió a Nora Tisdale. Ésta lo tomó muy meticulosamente, se quitó los lentes de sol y, mientras John quedaba atónito ante la belleza extraordinaria de los grandísimos ojos verdes, ella dedicó toda su atención a las fotografías que sacó del sobre.

Todas ellas eran de hombres, y habían sido fotografiados estando detrás de los barrotes de una celda. Doce hombres en total, cada uno de ellos encerrado en una celda. En el momento de ser

tomadas las fotografías, todos y cada uno de los hombres había estado mirando hacia el objetivo de la cámara. Se veían un tanto barbudos y malhumorados, pero no parecían haber sufrido malos tratos.

Lo cual mereció un comentario de Nora Tisdale:

—Parece que no los están tratando mal, señor John.

—Por ahora, no. Sólo están prisioneros… Y le aseguro que las fotografías no están trucadas.

Mientras hablaba, John miró hacia la línea de palmeras, por un lado del cuerpo de la rubia. Ésta se volvió, sin pretender disimularlo, y vio el auto, con dos hombres dentro, detenido no muy lejos de allí, a la sombra. Volvió a mirar las fotografías, aprobó con un gesto de cabeza y las devolvió al hombre alto y gordo.

—Efectivamente, no parecen estar trucadas. Y no deben estarlo, indudablemente. Sería una estupidez conocer a doce agentes de la CIA lo bastante de cerca para fotografiar sus rostros, y luego colocar esos doce rostros en doce hombres diferentes. Es más sencillo y práctico detener a los auténticos agentes de la CIA, De acuerdo: ustedes los tienen presos a los doce, en su famosa e inexpugnable prisión. Ya lo he comprobado, estoy aquí tal como se pidió a la CIA, y pregunto: ¿qué más?

—Espero que se dé cuenta exacta de la situación, señorita Tisdale.

—¿A qué se refiere?

—Estamos en Tomocán, país muy poco amigo de los Estados Unidos, por no decir todo lo contrario de amigo. Y aquí, en este país poco amigo de Estados Unidos, nuestros servicios de contraespionaje han detenido ni más ni menos que a doce agentes de la CIA que estaban operando…

—Me doy perfecta cuenta de la delicada situación de mis doce compañeros. En Washington me fueron mostradas sus fotografías los he identificado con las que me ha enseñado usted, y estoy convencida de que los tienen presos; no sé cómo lo han conseguido, pero imagino que no va a decírmelo, así que, señor John, al grano: ¿para qué pidió usted en su nota a la Central de la CIA que enviaran aquí, al «Balneario Playasol», hoy y a esta hora, a un agente importante? ¿Qué es lo que quiere usted?

—No he dicho que yo enviase la nota a la Central de la CIA.

—Ni tiene la menor importancia. Vamos, vamos, no seamos tortuosos, mi barrigudo amigo: ¿qué es lo que quiere usted?

—Supongamos que yo puedo… venderle a usted a esos doce hombres de la CIA.

—¿Vendérmelos? —musitó Nora Tisdale.

—Más claro todavía: supongamos que puedo sacarlos de esa prisión, entregárselos sanos y salvos, y facilitarles el medio de fuga adecuado.

—Eso no es fácil… Una vez, saqué de una prisión como la de ustedes a cierto personaje… Fue un asunto muy especial, pero no viene al caso. Quería decir que si sacar de la cárcel a un hombre solo es difícil, sacar a doce parece imposible.

—Imposible para usted, no para mí.

Nora Tisdale sonrió, como muy divertida. Se inclinó, le quitó los lentes de sol a John y los dejó caer con indiferencia en la arena, mirando los pequeños ojos negros y astutos del personaje.

—Hay pocas cosas que sean imposibles, señor John. Muy pocas. Sin embargo, admito que sacar a una docena de hombres de la famosa prisión de Baroa, puede ser una de esas pocas. Estábamos suponiendo que usted podría venderme a esos doce agentes. Muy bien. ¿Cuánto quiere?

—Doscientos mil dólares.

Nora Tisdale entornó los ojos, por los cuales pasó un chispazo de fría astucia.

—¿No los está valorando usted muy bajo? —susurró gélidamente.

—He querido decir doscientos mil dólares por cada uno de ellos, naturalmente.

—Ah… Eso es otra cosa. Siguen resultando baratos, pero ya es más razonable. ¿De modo que usted quiere dos millones cuatrocientos mil dólares por sacar de la prisión a mis doce compañeros?

—Y llevarlos a un lugar desde el cual podrán escapar hacia Estados Unidos con comodidad. Todo incluido, le costará a la CIA la cantidad que usted ha mencionado, en efecto. Puedo concederle veinticuatro horas para pensarlo, o para comunicarse con quien crea oportuno y pedir consejos o autorización. Ya comprendo que dos millones cuatrocientos mil dólares es mucho dinero.

Nora Tisdale se quedó mirando aquellos negros y pequeños ojos astutos. Luego, volvió a mirar hacia el auto, del cual habían salido los dos hombres, sin duda para refrescarse. Estando el coche parado, debía parecerles un horno. Otra vez miró al llamado John. Por fin tomó su bolso de paja, sacó de él una pequeña agenda de cantos dorados y, del doble fondo de una de las tapas, un papel, en el cual escribió rápidamente con el pequeño bolígrafo del lomo de la agenda. Guardó ésta y tendió el papel a John.

—Dígame si está conforme —susurró.

John echó un vistazo al rectangular papel y alzó vivamente la cabeza.

—Es un cheque con número clave contra un Banco de Suiza…

—¿Y qué?

—Bien… Yo preferiría dinero en efectivo, señorita Tisdale.

—Todos mis cheques son buenos. Soy espía, querido señor, no una vulgar estafadora.

—No me gusta esto… Además, el cheque está extendido por dos millones y medio. Sobran cien mil dólares sobre la cantidad que yo le he pedido.

—Lo sé. Personalmente, señor John, soy amiga de entierros simpáticos y sencillos, nada costosos. Sin embargo, comprendo que no todo el mundo piensa igual. Hay personas que prefieren ser enterradas con gran lujo y pompa… Por si éste es el caso de usted, le regalo cien mil dólares.

—No comprendo…

—Me refiero al supuesto de que usted pretendiera engañarme… —sonrió la rubia, como un felino divertido—. En ese caso, necesitaría los cien mil dólares para un lujosísimo y muy vistoso entierro. Por el contrario, si no me engaña, tengo mucho gusto en regalarle cien mil dólares extras.

—¿Me está amenazando? —masculló John.

—Y de muerte, mi querido señor. Pero no nos pongamos dramáticos. A los dos nos conviene jugar limpio. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Bien. ¿Cuándo saldrán mis compañeros?

—Eso no es tan fácil como usted parece considerar. Las cosas como ésta requieren su tiempo.

—Sin duda. Por tanto, tendré paciencia. Estoy en el «Hotel

Andino», de Baroa, naturalmente, en la cámara diecisiete, y allá estaré esperando sus noticias. A menos que pueda ayudar en algo. ¿Puedo?

—En cierto modo. ¿Le gustaría ver a sus amigos, asegurarse de que están bien?

—No se me había ocurrido —ironizó Nora Tisdale.

—Recibirá un sobre esta tarde en su hotel. Dentro del sobre habrá un pase especial para visitar la prisión. Pero no vaya allí hasta mañana, en un auto que alquilará…

—Ya alquilé uno al llegar.

—Mejor. Sobre todo, no intente nada por su cuenta, si no quiere echarlo todo a perder.

—Lo tendré en cuenta. Bien… Recibiré un pase, iré a ver si mis compañeros están bien, ya tengo un auto alquilado… ¿Qué más?

—¿Sabe dónde está el «Continental Club»?

—No.

—Se lo explicarán en su hotel. No está lejos de allí. El «Continental Club» está cerca de aquí, más hacia la ciudad. Es un club elegante, para gente que tiene yate. Personas importantes.

—Entiendo… ¿Qué tengo que hacer allí?

—Va a parecerle una tontería.

—Yo decidiré eso. ¿Qué debo hacer?

* * *

De pie junto al coche, fumando a la sombra. Quintana y Remacha no perdían de vista a su gordo amigo y a la despampanante rubia, sobre la cual habían hecho ya los debidos comentarios, muy masculinos, por supuesto. Ahora, los contemplaban, cada uno sumido en sus pensamientos, quizá relacionados con la rubia del bikini azul, la cual asentía continuamente a las explicaciones del gordo sujeto llamado John. No parecía que tuvieran dificultad alguna en entenderse.

Por fin, el gordo se puso en pie y Quintana tiró el cigarrillo y lo aplastó con el pie como si esto fuera una terrible proeza.

—Por fin… —masculló—. Estoy deseando tirarme a la piscina.

John se dirigía hacia ellos, dejando a la rubia bajo su parasol de paja. A cada paso, el gordo personaje parecía a punto de caer hacia

delante, agobiado por el calor. Por fin llegó junto a ellos, y señaló el coche.

—Ponlo en marcha, Quintana: tú conducirás.

Se inclinó, para ponerse los zapatos. Y mientras se ponía el segundo, se dio cuenta de que Quintana continuaba a su lado. Acabó de ponérselo, alzó la cabeza y gruñó:

—¿Qué esperas?

El menudo Quintana señaló hacia la playa y John dirigió la mirada hacia allí. Frunció el ceño al ver a la rubia, acercándose.

—Nos ha hecho una seña para que esperemos.

—Quizá no ha entendido alguna cosa —sugirió el feo y atlético Remacha.

Se quedaron los tres mirando y admirando, atónitos, a la bellísima rubia en bikini, hasta que ésta llegó ante ellos. Estaba muy sonriente. La impresión que produjo fue que lo estaba pasando estupendamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó John.

—He pensado —deslizó amablemente ella— que no es humano por mi parte permitirle que sude tanto, John; pero allá podían habernos visto demasiadas personas. Aquí no creo que nos vea nadie.

—No comprendo… —Parpadeó el gordo—. ¿A qué se refiere?

—A sus molestias. En lo que a mí concierne, puede prescindir de ellas. Irá más fresco.

Dicho esto, la rubia asió la barba de John y dio un suave y seco tirón. Barba y bigote quedaron en su manita, dejando al descubierto un bien rasurado rostro de tono azulado. Remacha y Quintana lanzaron una exclamación y el gordo retrocedió vivamente, queriendo arrebatar la barba postiza a la rubia, pero ésta la retiró, siempre sonriente.

—Se refrigerará aún más si se quita lo que lleva en el vientre… —sugirió—. He calculado que es una rueda de plástico hinchable, que le afea su silueta. Estoy segura de que estará mucho más atractivo… ¿No le parece?

—Le voy a enseñar… —comenzó a mascullar Quintana.

Adelantó un paso hacia Nora Tisdale, quien, sin inmutarse, alargó de pronto la mano izquierda, con los dedos doblados en sus dos primeras falanges; ni siquiera se molestó en golpear con

energía. Simplemente, interpuso la mano entre ella y Quintana, el cual pareció meter la garganta contra el filo de un hacha, contra el cual rebotó, mientras sus piernas se alzaban, de tal modo que cayó cómicamente de espaldas ante los pies de la rubia.

Esto no pareció gustar a Remacha, que se adelantó también, impetuosamente. La rubia giró con un codazo en el vientre que dejó al atlético Remacha como petrificado, sin aliento, con la boca muy abierta. Y como si todo fuese un divertidísimo juego, la rubia lo asió por la pechera con la manita izquierda, inició un tirón hacia delante, y cuando Remacha se resistió instintivamente reteniendo su peso hacia atrás, le golpeó con uno de sus piececitos en los dos de él a la vez, de modo que Remacha se levantó en el aire hasta la posición horizontal… Momento en que la rubia lo soltó, y Remacha cayó de espaldas, a pleno peso.

Todo esto, en menos de tres segundos.

Se pusieron en pie los dos, furiosamente alterados sus rostros, pero John alzó una mano.

—Dejadla. Y vámonos ya.

—Podemos seguir… —se ofreció la rubia—. Hace días que no puedo asistir a mis clases de judo, y no me gusta estar desentrenada.

—Todo esto es absurdo… —masculló John—. ¿Qué pretende usted, señorita Tisdale?

—Demostrarle que estoy preparada, y que no me gusta su modo de hacer el juego. ¿Por qué disfrazarse? Quiero saber eso, y también su verdadero nombre. Aunque si más adelante, tuviera que buscarlo, ya me basta con lo que he visto de su cara.

—¿Cree que estoy jugando sucio?

—Bueno… Dos millones y medio de dólares justifican cualquier pequeño truco, mi ex barbudo amigo. ¿Quién es usted realmente?

—¿No puede esperar a mañana para saberlo?

Nora Tisdale se quedó mirándolo fijamente, durante ocho o diez segundos, con un gesto de profunda reflexión. Por fin, sin decir una sola palabra más, dio la vuelta y regresó hacia su sombrilla. Llegó allí, se sentó y volvió la cabeza. El auto ya no estaba.

Como si nada hubiera sucedido volvió a dedicar su atención al libro «El mono desnudo». Cerca del mediodía, se dio un prolongado baño, contemplando sonriente las gaviotas que evolucionaban por

encima del mar. Hacia las doce y media, fue al balneario, donde almorzó plácidamente, en una mesita situada cerca del ventanal, junto a un par de palmeras enanas. Luego volvió a la sombrilla, donde durmió una siesta. Volvió a bañarse cuando despertó y, finalmente, decidió regresar al hotel, en Baroa, la capital de Tomocán.

Capítulo II

La señorita Tisdale dio un par de vueltas entre sus deditos al sobre que acababa de entregarle el conserje del mejor hotel de Baroa, situado en la avenida llena de palmeras que seguía la orilla del mar, a la izquierda del puerto, convenientemente alejado del bullicio y olores de éste.

—¿Quién lo ha traído? —preguntó.

—Un hombre.

—¿No dijo su nombre, no dejó ningún recado verbal?

—No, señorita.

—¿Conoce usted a ese hombre?

—Jamás lo había visto.

—Está bien… Gracias. ¿Algún otro mensaje para mí?

—No… Esto es todo.

La rubia rubísima sonrió y se dirigió a las escaleras, desdeñando el ascensor. Su cámara estaba en el segundo piso, de modo que no valía la pena recurrir a medios mecánicos para llegar a ella. Poco después introducía el llavín en la cerradura de la puerta marcada con el número 17, abría con todo cuidado y miraba con seca sonrisa el diminuto papelito que comenzó a revolotear hacia el suelo en cuanto empujó la puerta, y que demostraba que nadie había entrado en sus habitaciones durante su ausencia.

Lo primero que hizo fue abrir el sobre y sacar de él aquella cartulina de color azul, que examinó con indiferencia. Era un pase especial que autorizaba a su portador a entrar y salir de la Prisión Nacional de Baroa con toda libertad, durante ocho días. No se mencionaba el nombre del portador, de modo que comprendió que tal pase sólo debían conseguirlo personas de gran influencia. Ni por un momento pensó que podía ser una trampa. Si lo que querían era detenerla también a ella, no hacía falta todo aquello. Media docena de guardias nacionales, con sus metralletas, bastaban para

conseguir semejante cosa. De donde se desprendía que, por el momento, y pese a su estúpido disfraz, el tal John estaba jugando limpio.

Guardó el pase en su bolso. Luego se bañó, con agua tibia, y acabó con una ducha fría que dejó su piel dorada tersa y brillante como una lámina que reflejase el sol. Se vistió lentamente, pensativa, con una falda roja y un jersey negro, de hilo, de media manga y muy sugestivamente escotado. Se puso unos zapatos flexibles, de medio tacón, y, finalmente, del armario sacó un maletín rojo con florecillas azules. Lo abrió, se quedó mirando sonriente los útiles de belleza, tales como cosméticos, perfumes, secador de cabello, polveras, pintalabios… También había una pequeña cámara fotográfica y un trípode de tubos de aluminio, adecuado al tamaño de la cámara. Y una pistolita de cachas de madreperla, que parecía un juguete. Utilizando dos tiras del rollo de esparadrapo de color carne, adhirió la pistolita a su muslo izquierdo, en la cara interna. Luego sacó un paquete de cigarrillos, que metió en su bolso de mano. Guardó el maletín, tomó el bolsito y salió de la cámara, colocando de nuevo el diminuto papelito blanco entre la puerta y el quicio.

Poco después, la señorita Tisdale, como una turista cualquiera, se alejaba del hotel, lentamente, dispuesta a dar una vuelta por la bella ciudad blanca y roja. Estuvo curioseando en el puerto, en la avenida costera, en el Parque Malvino, en las instalaciones deportivas… Tomó algunas fotos, especialmente de monumentos en plazas y avenidas. En un precioso restaurante cerca de la playa, tomó un aperitivo y cenó, muy ligeramente. Cuando volvió a entrar en su coche, eran ya casi las nueve de la noche y sólo quedaba, sobre el Pacífico, muy lejos, una larga, cegadora raya roja y morada del sol que se iba. Tan sólo tres minutos más y sería completamente de noche.

De nuevo en el coche, comenzó a dirigir frecuentes miradas al espejo retrovisor, y acabó sonriendo, al convencerse de que el mismo coche que la había estado siguiendo durante la tarde, iba tras ella. Lo cual estaba ya previsto, naturalmente. Enfiló la Avenida Oeste, es decir, que saldría a la autopista que la llevaría hacia el interior del país. Cuando dejaba atrás la ciudad, el coche seguía tras ella, con los dos hombres en el asiento delantero. Tenían tanta

habilidad para aquellos menesteres como un elefante para hacer ganchillo.

Salieron a la autopista, y durante cinco minutos Nora Tisdale estuvo conduciendo, a marcha moderada, indiferente. Por fin, la autopista dejó de estar encajonada entre los protectores metálicos. Poco más allá, salió de la carretera, y detuvo el coche tras adentrarse entre el arbolado. Se volvió en el asiento, justo a tiempo de ver al otro auto hacer lo mismo, como a cien metros detrás. Sonrió al ver que se apagaban las luces. También ella las apagó, recogió su bolsito, se tendió en el asiento y se deslizó hacia la portezuela opuesta a la del volante. La abrió lo justo para salir del auto, dejándose caer a tierra. Sin incorporarse, se alejó por entre la maleza, comenzando a describir un arco que la fue acercando al otro coche. Por fin lo vio y distinguió las siluetas de los dos hombres. Abrió el bolsito, sacó la polvera y, prácticamente a ciegas, extrajo de debajo de la almohadilla una de las diminutas bolitas de cristal, que brillaron un instante en la oscuridad, al reflejo de los rayos de la luna que entraban por entre los arbustos. Guardó la polvera y comenzó a deslizarse, tendida en el suelo, hacia el coche. Cuando volvió a detenerse, estaba a menos de cinco metros del vehículo, y veía perfectamente a los dos hombres. Por supuesto, las ventanillas estaban abiertas, en busca de un poco de fresco nocturno. Se acercó un poco más, se incorporó velozmente, y lanzó la diminuta ampolla de cristal hacia el hueco de la ventanilla. Los dos hombres se movieron, uno de ellos dijo algo… y, de pronto, los dos parecieron ser fulminados. El que estaba ante el volante cayó sobre éste, y el otro quedó recostado en su asiento. Eso fue todo.

Tras esperar unos segundos, la señorita Tisdale fue hacia allí. Quedó junto al auto, mirando con expresión socarronamente compasiva a los dos durmientes. Se interesó por los rostros de ambos, para cerciorarse de que no los conocía. Luego los registró. Ambos llevaban pistola con silenciador, pero esto no la sorprendió en absoluto. Miró sus documentos personales: se llamaban Cobeño y Jurado, y eran tomocanos. No tenían el menor interés. Así que acabó por encoger los hombros. Quitó las llaves del contacto y las tiró lejos, entre la maleza.

Luego volvió a su coche, subió, dio la vuelta y regresó por la autopista, hacia Baroa. Una vez allí, enfiló la Avenida Sur, y poco

después salía a la carretera de la costa, bien segura de que ahora no la seguía nadie. Utilizando una sola mano, sacó de su bolso el paquete de cigarrillos, dejó un instante solo el volante y tiró hacia arriba de uno de los cigarrillos.

—¿Moncho? —musitó.

—Sí.

—¿Todo bien ahí?

—Todo bien, sí.

—Entonces, nos veremos dentro de diez minutos.

—De acuerdo, guapísima.

—Es todo —sonrió la señorita Tisdale.

Capítulo III

Como siempre, lucía un hermoso sol en el cielo intensamente azul. Eran solamente las diez y media de la mañana, pero el calor empezaba a causar estragos. Sobre todo, cuando el coche estaba parado. La plancha metálica ardía, y, al no recibir el viento de la marcha, estar dentro del vehículo resultaba espantoso. Sin embargo la señorita Tisdale había detenido el coche y parecía no estar afectada en lo más mínimo por el calor ardiente. Ni siquiera sudaba. Fresca, juvenil, saludable y elegante, podía parecer una impasible muñequita de celuloide.

Cabía preguntarse si valía la pena soportar aquel calor sólo para contemplar el espectáculo de la Prisión Nacional de Baroa. Eran cuatro altos muros, posiblemente de cinco metros, por encima de los cuales se veían abundantes palmeras. Eso era todo. Pero suficiente para comprender que entrar allí por cuenta propia no era fácil. Y mucho menos fácil tenía que resultar salir de allí…, a menos que se dispusiera de un pase azul.

Suspirando con cierto desaliento, la señorita Tisdale puso de nuevo en marcha el coche, rodeó los altos muros y se dirigió hacia el portón principal, en el cual dos guardias se protegían del sol colocándose pegados a los bordes de la entrada. La doble puerta de gruesos barrotes estaba abierta, pero, cuando el coche llegó allí, los dos soldados se colocaron delante, con las metralletas terciadas, de modo que Nora tuvo que frenar. Sacó un brazo por la ventanilla, mostrando el pase azul. Uno de los guardias apretó un timbre que había a un lado del muro, en la parte interna. Y pocos segundos después, el suboficial de guardia aparecía en el portón, fija su hosca mirada en el coche. Examinó en silencio el pase y señaló al interior de la prisión.

—Pase usted, ponga el coche a la sombra y espere.

—Gracias.

Nora Tisdale entró en el gran patio, que resultó sorprendentemente acogedor, con abundantes sombras, techados de paja para los autos, pequeñas zonas de verde césped, y una bonita fuente con surtidor en el centro. Todo ello, salpicado con muchísimas palmeras. Detuvo el coche a la sombra, se apeó y encendió un cigarrillo. Vio al suboficial caminando desganadamente hacia los bajos edificios de la derecha, construidos a la sombra de gigantescos árboles de grandes hojas. Lo vio entrar en una de las dependencias y entonces se dedicó a mirar a su alrededor, muy discretamente. Había pasillos volantes en el lado interior de los altos muros, por los cuales paseaban ocho guardias, dos en cada muro; para llegar allí, no había más que utilizar la gran escalera rodante de madera; si no era así, resultaba imposible llegar a los pasillos volantes o a lo alto del muro. A un lado estaba el Cuerpo de Guardia, a cuya puerta habían salido no menos de veinte hombres, todos ellos dispuestos a contemplarla hasta cansarse. Había una gran paz allí, como si fuera un oasis en medio del desierto. Por supuesto, tenía que haber mucho más personal en la prisión, pero el calor los mantenía a todos escondidos. En el centro del gran reducto estaba el edificio de gruesos muros destinado propiamente a prisión. Se veían pequeñas ventanas con rejas de cruz, pero nadie mirando por ellas. Constaba solamente de dos pisos, pero la señorita Tisdale ya sabía que debajo, había dos plantas más, subterráneas. Y para entrar y salir de aquel edificio sólo había una puerta, de hierro, siempre vigilada desde afuera por dos guardias y, dentro, entre dieciocho y veinticuatro vigilantes, que pululaban por los pasillos y galerías. También sabía la señorita Tisdale que aquella puerta de hierro podía ser cerrada desde fuera y desde dentro…

Vio aparecer al suboficial justo cuando pensaba que era imposible rescatar a doce hombres de allí dentro. Completamente imposible. Por lo que empezó a pensar en cuál sería el juego del falso barbudo llamado John, aunque comprendiendo que, fuese cual fuese, por el momento ella no podía hacer otra cosa que seguirle la corriente.

Con el suboficial había aparecido otro hombre, más alto, esbelto, atlético, de admirable porte militar, que caminaba directamente hacia ella mientras el suboficial lo hacía hacia el Cuerpo de Guardia, ya desatendido del asunto. Cuando llegó ante ella,

abanicándose con el pase azul y sonriendo amablemente, Nora había decidido ya que le gustaba aquel hombre. Era apuesto, parecía inteligente, y no debía tener ni siquiera cuarenta años. Sus grandes ojos oscuros reflejaban una gran admiración hacia la belleza femenina.

—Buenos días… —saludó en español—. ¿Es suyo este pase?

—Así es… —contestó Nora, también en español—. ¿Hay algo que no esté bien, señor…?

—Coronel Corripio… Abel Corripio, jefe de prisiones, para servirla.

—Muchas gracias, coronel. Yo soy Nora Tisdale, periodista norteamericana.

—Ah… Entiendo. Me imagino que quiere usted ver a determinados doce hombres que tenemos en la prisión.

—Siempre y cuando mi pase sea válido.

—Su pase no sólo es válido, sino que le concede una serie de privilegios poco corrientes. No es fácil conseguir un pase azul, señorita Tisdale. ¿Puedo preguntarle quién se lo facilitó?

—¿Estoy obligada a contestar?

Corripio movió negativamente la cabeza, sonriendo.

—No.

—Entonces, no lo haré. Y esperó que eso no le moleste, coronel.

—Por supuesto que no. Me parece una tontería preguntárselo, pero es el reglamento: ¿lleva usted alguna clase de armas?

—¡Claro que no! —rió Nora—. Y espero que si decide registrarme, lo haga con la debida delicadeza, coronel.

—No creo que haya mayor delicadeza que renunciar a registrarla, confiando en su palabra. Perdóneme, pero ya le he dicho que es el reglamento. ¿Cuál es el objeto de su visita?

—Bien… Hay doce compatriotas míos ahí dentro, acusados de espionaje, lo cual no es buena cosa en un país procomunista como éste, coronel. Digamos que mi estancia en Tomocán es casual, pero, ya que estoy aquí, creo que podría obtener un magnífico artículo sobre este asunto.

—¿Se da cuenta de lo que significa tener un pase azul? Como sin duda comprende usted, cuando se detiene a unos espías no se les permiten visitas de ninguna clase. Y menos, de la Prensa. Ni siquiera la Prensa de mi país ha pedido entrevistar a esos hombres.

—Me parece que empiezo a comprender lo importante que es un pase azul. A decir verdad, no esperaba poder ver a mis compatriotas, ya que, como usted ha dicho, no es corriente conseguir eso cuando alguien está acusado de espionaje. Sin embargo, puesto que tengo el pase…

—Sí… Por favor, sígame. Tendré mucho gusto en llevarla personalmente a la sección tres. Por aquí…

Fueron hacia la puerta de hierro, cuyos guardias la abrieron a una seña de Corripio. Cuando entraron, se encontraron de manos a boca con dos guardias más, que bajaron sus armas al reconocer en el acto a Abel Corripio.

—No debe ser fácil entrar aquí a las malas, coronel.

Corripio le dirigió una amable mirada un tanto irónica.

—Hay algo aún más difícil que entrar, señorita Tisdale: salir.

—¿Vale la pena tanto sistema de seguridad? ¿Qué clase de presos tienen aquí?

—Lo peor del país. Hay otras prisiones, mucho más vulnerables que éstas, donde están los presos sin importancia. Ladronzuelos, camorristas… Gente así. Aquí hay asesinos, presos políticos, terroristas, saboteadores… y espías. Cuidado.

Iniciaron el descenso por una estrecha escalera de caracol, en cuyo extremo de arriba había un guardia; había otro en el piso siguiente, y otro al final. Allí había también un pequeño grupo de guardias, y una mesa, ante la cual estaba sentado un suboficial, que se puso rápidamente en pie al ver a Corripio, el cual señaló hacia el largo pasillo.

—Sección tres, sargento.

—¡Sí, mi coronel!

Tomó un manojo de llaves y se fue en pos de Corripio y de Nora. Pasaron por delante de muchas celdas, pegados a cuyos barrotes había hombres de expresión maligna y sombría. La iluminación eléctrica no era precisamente abundante, de modo que todo resultaba aún más tétrico y opresivo.

—Normalmente —explicó Corripio—, cuando viene alguien con un pase azul, hacemos subir al preso que quiere visitar, bien custodiado. Pero, en este caso, y tratándose de doce hombres, me parece más prudente llevar al visitante hasta los presos.

—Inteligente precaución.

—Espero que me perdone por obligarla a conocer esto, señorita Tisdale.

—No hay cuidado. Soy difícil de impresionar.

Por fin se detuvo delante de una puerta de rejas, encima de la cual se leía: «Sección III. Incomunicados». El sargento abrió aquella puerta y Corripio señaló hacia dentro.

—Esperaremos aquí fuera, señorita Tisdale.

Nora entró en aquella reducida estancia, a los lados de la cual se veían las rejas de numerosas celdas, separadas unas de otras por tabiques de gruesos ladrillos. Caminó hasta el centro, y fue girando lentamente, mirando a los hombres que ocupaban las celdas, dejando entre uno y otro una celda vacía, con lo cual se dificultaba la comunicación entre ellos, a menos que alzasen la voz. Y si hacían eso, los micrófonos ocultos que no podían faltar allí, llevarían sus conversaciones posiblemente hasta el mismo despacho del coronel Corripio. Pero esto, evidentemente, era algo que ya debían haber comprendido los doce hombres, que se habían puesto en pie y, pegados a los barrotes, miraban fijamente, en silencio, a su bellísima visitante.

No cabía duda de que eran los auténticos agentes de la CIA cuyas fotografías habían visto en la Central de Langley primero y luego en las fotografías que el día anterior, en la playa, le había enseñado el falso barbudo. En cuanto a las celdas, eran las mismas que aparecían en dichas fotografías. Todo era verídico, todo exacto: doce agentes de la CIA, es decir, toda la dotación de Tomocán, habían sido detenidos, y no podía dudarse de que estaban en un grave aprieto.

—Muy bien, caballeros —dijo de pronto Nora, alegremente—. No tengo la menor duda de que ustedes han negado los cargos de espionaje. ¿Es así?

Nadie contestó. Doce pares de ojos parecían querer taladrar a la visitante. Y doce bocas se cerraban herméticamente, en un resuelto gesto de silencio.

—¿Qué les pasa? —continuó ella, hablando en inglés—. ¿Creen que es una ingeniosa trampa del coronel Corripio para hacerles decir cosas de las que luego tendrían que arrepentirse? Mi nombre es Nora Tisdale, soy yanqui, como ustedes, y me dedico al periodismo. ¿Creen que puedo ayudarles en algo dando publicidad

a este asunto, o consideran mejor para ustedes que no publique nada hasta que todo se aclare?

—Haga lo que guste… —replicó uno de los espías—. Por nuestra parte, no tenemos nada que decir. Lo que teníamos que decir, ya fue dicho: no somos espías.

—Por supuesto. Yo sé bien que todo esto es un error… —Se acercó a la reja del hombre que había hablado—. ¿Cómo fue que los detuvieron?

—Con abuso de fuerza. Nada hemos hecho.

—Le creo, naturalmente. Sin embargo, las autoridades tomocanas debieron partir de una base para detener nada menos que a doce súbditos norteamericanos. ¿Qué explicación recibieron al ser detenidos?

—Ninguna —replicó acremente otro de los espías.

Nora se volvió hacia él.

—No es posible. Alguien debió denunciarlos, por sospechas mal fundadas, es evidente… Me gustaría poder ayudarles, pero nada conseguiré si no son sinceros conmigo. Además, lo que puedan decirme aquí y ahora, estando tan cerca el coronel Corripio, no creo que sirva para acusarlos aún más. Por el contrario. ¿Y bien?

—Escuche, hermana —masculló ásperamente otro de los espías —: todo lo que puedo decirle es que yo estaba en mi hotel cuando vinieron a por mí, me detuvieron y me trajeron aquí. Y los demás le contarán una historia parecida. Ni siquiera nos conocemos entre nosotros, pues cada uno estaba en una ciudad diferente… ¿Comprende usted?

—Sí, comprendo… ¿Pueden darme sus nombres, por favor? Me gustaría…

—Que se los diga su amigo el coronel. Y que le diga también con qué derecho, por qué y cómo se fijó precisamente en nosotros…

—Temo que no he sido bien acogida. Ustedes desconfían de mí y, en cambio, yo sólo estoy intentando encontrar un medio para ayudarles.

—¿De verdad quiere ayudarnos? —preguntó otro.

—¡Claro!

—Pues sáquenos de aquí. Eso es todo.

—Bien… No es fácil sacar de aquí a nadie. Estoy viendo al coronel Corripio sonriendo, pero no me importa decir delante de él

que si pudiera los ayudaría a escapar. De todos modos, eso no será posible por la fuerza. Oh, vamos, sean sinceros conmigo… Algo tienen que saber que pueda servirme para ayudarles, de un modo efectivo. Deben hacer un esfuerzo, recordar algo que pueda ayudarme a solucionar este malentendido. Si cuento con algo razonable, podré recurrir a…

—Está perdiendo su tiempo, nena. ¿No puede entenderlo? No sabemos nada de nada, salvo que estamos aquí detenidos injustamente. Si quiere puedo darle una única solución para arreglar esto. O quizá dos. Una querella diplomática de envergadura, o que nuestra Infantería de Marina invada este país. Es lo menos que podrían hacer por nosotros.

—Me temo que ambos procedimientos son igualmente difíciles —musitó Nora Tisdale—. Y ustedes se están obstinando en no ayudarse a sí mismos. ¿No comprende que probablemente seré la única persona que podrá verlos?

—Pues nos preguntamos cómo no lo ha conseguido nuestro cónsul en Baroa y usted sí.

—Eso no importa. Y yo puedo servir de intermediaria entre él y ustedes. Pero si nada me dicen…

—No tenemos nada que decir… a usted.

Nora Tisdale suspiró, desalentada.

—De acuerdo. Adiós, entonces. Les deseo mucha suerte.

—Oiga, una pregunta —deslizó uno de los detenidos—: ¿a usted le gusta el champaña con guindas?

—¿El qué? —exclamó Nora Tisdale, atónita.

—Nada… Era una broma.

—Bueno… Pues celebro que estén de buen humor. Me parece asombroso, pero lo celebro. Por mi parte, y aunque ustedes no han sido precisamente amables conmigo, intentaré ayudarles a aclarar esto. Y cuando estén fuera, espero que me inviten a eso…, a champaña con guindas. Hasta otra, caballeros.

Alzó una manita en gesto de despedida y salió del compartimiento de la sección tres. El sargento cerró la puerta y Corripio se colocó junto a ella, caminando hacia la salida del pasillo.

—Ha sido una extraña pregunta, ¿verdad? —musitó.

—¿A qué se refiere, coronel?

—A eso del champaña con guindas. Es una combinación poco corriente.

—Y estrafalaria. Supongo que ha sido una… tomadura de pelo por parte de ese hombre, para darme a entender que sólo hablaría conmigo de tonterías.

—Sin embargo, el champaña con guindas no parece mala idea.

—¿Le parece a usted? —Frunció el ceño Nora—. Francamente, no se me había ocurrido nunca, pero quizá me decida a probarlo un día de éstos.

Abel Corripio se echó a reír, al parecer aliviado.

—¿Irá a ver a su cónsul en Baroa? —se interesó.

—No lo sé. Debería ir, ¿no es cierto?

—Aparentemente, sí. Pero eso no solucionaría nada. Creo que es mejor que nos deje hacer las cosas a nuestra manera.

—¿Cómo? —musitó Nora.

—Quiero decir que usted se ha convencido ya de la imposibilidad de preparar la fuga de esos doce hombres, que era, en definitiva, lo que queríamos, para evitar complicaciones. Por eso se le proporcionó el pase azul. Espero que haya servido de algo.

—Temo que no le entiendo, coronel —susurró Nora.

—Oh, vamos… Usted ha pagado ya dos millones y medio de dólares, que serán cobrados oportunamente. A cambio de ese dinero, tendrá a sus compañeros de la CIA en libertad antes de lo que piensa. Nosotros cumpliremos el trato. Pero, para evitar tonterías o audacias por su parte, se le envió el pase azul, a fin de que comprendiese que nadie sale de la prisión sin mi permiso. ¿Entiende ahora?

—Creo que sí… ¿Usted y John están de acuerdo?

—¡Por supuesto…! ¿No lo había sospechado?

—Francamente, no.

—Vamos, vamos, señorita Tisdale… Si yo no estuviese de acuerdo, y fuese a recibir una parte de los dos millones y medio…, ¿cree que John se habría atrevido a asegurar la fuga de sus compañeros de espionaje? Él tiene que contar conmigo, está claro. Ssst… Seguiremos hablando arriba.

El sargento se acercaba ya a ellos, de modo que Corripio guardó silencio, hasta que, recorriendo el mismo camino a la inversa, salieron del edificio.

Corripio señaló hacia el coche de Nora y ambos se dirigieron hacia allí. Cuando ya estuvieron a la sombra, Nora lo miró fijamente.

—Todavía sigo sorprendida, coronel, pero siempre he aceptado los hechos. ¿Cuándo se realizará la fuga?

—Quedan algunos pequeños detalles por resolver. Pero no debe preocuparse: sus amigos escaparán.

—¿No es todo esto un poco asombroso, coronel? Disponen ustedes de doce espías norteamericanos y conmigo somos trece. Y están dispuestos a permitirnos la marcha de Tomocán a todos.

—¿Qué le sorprende a usted? —refunfuñó Corripio—. Este es un país pobre, señorita Tisdale, y los rusos no son demasiado generosos, a pesar de que hemos aceptado sus indicaciones políticas. Nos ayudan, pero no demasiado. Esto, en general. En cuanto a mí personalmente, míreme bien… Soy un hombre bastante inteligente, con ganas de vivir de verdad, y ya he comprendido que aquí mi talento no sirve de nada. Soy coronel, y jefe de prisiones. ¿Y qué? Se reiría de mi sueldo anual, y de mis posibilidades de mejorar. Por otra parte, ¿qué va a ganar mi país con esos doce hombres? ¿Algunas pequeñas informaciones que nada solucionarán a nadie? ¿Encarcelarlos por unos cuantos años? ¡Bah…! Prefiero mi parte de los dos millones y medio, esperar un tiempo, y luego marcharme en busca de mejores oportunidades. ¿Esto le sorprende?

—No… —admitió Nora—. Espero que lo dejen marchar. Si se enterasen de que usted ha intervenido en la organización de la fuga…

—Imposible. Lo tengo todo muy bien preparado.

—Mejor. Me alegro mucho, de veras. A mí, lo único que me interesa es la libertad de esos doce hombres. Esperaré el momento… ¿Sabe al menos dónde me los entregará?

—No lo hemos pensado aún. ¿Tiene alguna preferencia?

—Supongo que nos facilitará una lancha para escapar.

—Eso habíamos pensado.

—Entonces, quisiera que me entregase a mis amigos en Cala Galápagos. Está hacia el Sur y…

—¡Por favor…! Sé muy bien dónde está Cala Galápagos. Y le entregaré a sus amigos allí en el momento oportuno, que le comunicaré… ¿Recuerda bien lo que tiene que hacer ahora en el

«Continental Club»?

—Desde luego.

—Pues no la entretengo más, señorita Tisdale. Ah, sí, una cosa más… Nos disgustó lo que hizo anoche con dos de nuestros hombres.

—¿Se refiere a Jurado y Cobeño, los del coche?

—Claro. Cuando despertaron se pusieron muy furiosos. Usted es muy hábil, pero le ruego que nos deje hacer las cosas a nuestra manera, o lo complicará todo.

—Entiendo. Pídales perdón de mi parte. En realidad, fue por rutina: no me gusta que me vigilen.

—Pues tendrá que tolerarlo mientras esté aquí, a menos que quiera correr el riesgo de que optemos por no sacar a sus amigos de este lugar. Estamos llegando a la conclusión de que usted es una buena agente, y eso nos preocupa un poco… ¿Adónde fue usted anoche, después de desembarazarse de Jurado y Cobeño?

—No me va a creer.

—Usted dígamelo, y ya veré si la creo o no. Quiero advertirle una vez más que a la menor sospecha de que usted está jugando una partida doble, nosotros abandonaremos automáticamente el proyecto. ¿Adónde fue?

—A la playa.

—¿A la playa? ¿Por la carretera del interior?

—Sabía que me seguían y, como tenía pensado ir a examinar Cala Galápago sobre el propio terreno, decidí eliminar la vigilancia. De este modo, pude hacer con toda libertad dos cosas. Una, bañarme desnuda a la luz de la Luna, cosa que me encanta. Dos, convencerme de que Cala Galápagos es adecuada para recibir allí a mis compañeros. La ruta hacia Perú es conveniente allí: mar honda, sin arrecifes, y con la frontera peruana más cerca que si fuésemos hacia el Norte. Una vez en Perú, mis amigos y yo nos las arreglaremos muy bien… Supongo que no me cree.

—No sé… Pero debo admitir que lo que dice es razonable. De todos modos, insistiré una vez más: si usted intenta algo por su cuenta y riesgo, nosotros romperemos el pacto.

—Está bien. Me dejaré vigilar y seré buena chica. ¿Algo más?

—No. Espero que le salga bien lo del «Continental Club».

—Gracias. Adiós, coronel.

Se metió en el coche, puso el motor en marcha y miró vivamente a Corripio cuando éste metió la cabeza por la ventanilla.

—Quizá yo vaya a Cala Galápagos cualquier noche… Adiós.

Dio la vuelta al coche y segundos después salía de la gran fortaleza.

Tenía que ir al «Continental Club» a cumplir su pequeña parte en el plan de John.

Capítulo IV

Había detenido el auto cerca del «Continental Club», lo dejó estacionado a la sombra y se había acercado al borde del muelle, sin entrar todavía en la reservada y selecta zona, cuyo edificio blanco y rojo, rodeado de flores y de palmeras, se veía perfectamente desde allí. Era un lugar elegante y muy agradable, según parecía a tan corta distancia. Delante del edificio había una gran explanada de tierra roja, muy prensada y bien regada; en el centro, un grupo escultórico de tema marinero, rodeado de césped y más flores; el camino giraba en torno a él, y a la izquierda quedaba el *parking*, naturalmente muy bien sombreado. Habían entrado ya varios autos, todos ellos grandes, relucientes, con damas y caballeros de señorial aspecto en su interior. En la gran terraza volante que quedaba cara al mar había sombrillas, que cobijaban las mesas donde los socios del club tomaban sus aperitivos. En el embarcadero, limpio y ordenado, se veían algunos pequeños yates, balandros y veloces lanchas deportivas.

En cambio, en la parte donde había quedado ella, era el puerto general, y las cosas no presentaban tan buen aspecto; aunque había que admitir que era uno de los puertos menos sucios que había visto.

Cada vez que oía la llegada de un auto, Nora Tisdale volvía la cabeza, dejando de contemplar a las gaviotas; miraba la matrícula del auto recién llegado y luego continuaba mirando las gaviotas y el cielo azul.

Por fin, una de las veces ya no se volvió a mirar las gaviotas, sino que se dirigió rápidamente hacia su coche, entró en él y lo puso en marcha, directo a la entrada del club náutico, prácticamente detrás del último coche en llegar, el cual estaba rodeando el grupo escultórico marino, para ocupar una plaza en el estacionamiento privado del club.

La señorita Tisdale retuvo considerablemente la marcha de su auto, atenta especialmente a las maniobras de aparcamiento del otro, que no podían ser más sencillas y cómodas, dada la amplitud de espacio. Y, apenas el auto ajeno se hubo detenido completamente, ella dio un poco más de gas, rodeó también el grupo escultórico y fue directa hacia el estacionamiento… Es decir: directa hacia el coche que acababa de llegar. Su ocupante acababa de apearse, y, al mirar con gesto amable hacia la terraza volante, se dio cuenta de que aquel coche iba directo hacia el suyo. Apareció en su atractivo rostro una leve mueca de alarma… Pero no. No podía ser, claro. Lo que iba a hacer el otro coche era estacionarse junto al suyo, y…

¡Craaaassshhh…!

El siempre escalofriante sonido del metal arrugado debió oírse con toda claridad en buena parte del «Continental Club». El hombre se tambaleó al recibir el impacto de la portezuela todavía abierta. Inmediatamente rodeó el coche por el otro lado, mientras del auto salía la dama que lo había conducido. Se quedó en pie junto al auto, como aturdida, apoyándose en el capó, cuya punta se introducía como un acordeón en la trasera del otro vehículo, por la aleta izquierda. Muy abiertos los ojos y la boca, con expresión de susto, dirigió en seguida su mirada hacia el hombre que se le acercaba presurosamente y que la sostuvo un tanto rudamente por un brazo.

—¿Está bien, señorita? —se interesó.

—Yo… yo… Sí, señor, creo que sí…

—Será mejor que venga conmigo. El doctor Mendoza la examinará… ¿Puede caminar?

—No sé… ¡Oh, su auto…! Yo quería aparcar aquí, pero…

—Olvide el auto. Es sólo hierro… Y usted no es hierro. Por favor, venga pronto.

—Estoy bien… Estoy bien, de veras… Sólo un poco asustada… No comprendo cómo ha podido suceder… Espero que pueda perdonarme, señor…

—Me llamo Luciano Cerro —sonrió el atractivo sujeto—. Y le aseguro que la perdono. Usted es extranjera. Habla muy bien el español, pero no es de Tomocán… ¿Cierto?

—¿Cómo lo sabe?

—Pues creo que si fuese de Tomocán me habría reconocido

inmediatamente… Pero no hablemos más. Venga conmigo: quiero asegurarme de que está bien. Nunca me perdonaré haber puesto mi auto en el camino del suyo.

Nora Tisdale vio el destello simpáticamente irónico en los oscuros ojos de Luciano Cerro, y comprendió que, como conductora, no la tomaba muy en serio. En cambio, su actitud general demostraba que estaba encantado de conocer a semejante belleza rubia…

Varias personas llegaron apresuradamente desde el interior del club y la terraza, haciendo preguntas excitadas al ver que Cerro sostenía a la rubia por un brazo. Pero pronto se convencieron de que, realmente, nada grave había sucedido. Un par de coches abollados, eso era todo. Algunos jóvenes, bronceados y vigorosos, se dedicaron rápidamente a sacar de allí el coche de Nora Tisdale, colocándolo en el estacionamiento, para que no estorbara. Tres o cuatro personas de más edad rodearon a los protagonistas del insignificante accidente.

—Parece que los dos están bien —sonrió una dama—. Y es mejor así, Luciano, pues Mendoza salió temprano a pescar, y aún no ha regresado.

—Yo creo —dijo otro de los recién llegados— que eso se cura con un buen aperitivo sin soda. La señorita está asustada, ¿no es cierto?

Nora Tisdale asintió con la cabeza, mirando con expresión de agradecimiento al hombre que había hablado. Era muy alto, pero ya no parecía gordo, ni llevaba lentes de sol, ni aquella gran barba y el bigotazo; seguramente, el amigo John se encontraba mucho más refrigerado que el día anterior, en la playa del «Playasol».

—Creo que tiene razón, Gonzalo —aprobó Luciano Cerro—. Venga, señorita: tomará un aperitivo con nosotros.

—Son… son muy amables… Yo creo… creo que la casa en la que alquilé el auto pagará los daños, señor Cerro, pero si no fuese así, yo misma…

—Por favor, olvídelo. Todos son amigos míos aquí, y cualquiera de ellos me llevará a casa. Y a usted también, por supuesto… Oh, vamos, caballeros —se dirigió a las personas que los rodeaban—, no ha pasado nada. Gracias por su ayuda.

—Pueden venir a nuestra mesa —propuso Gonzalo—. Como

cada día, le estábamos esperando a usted, Luciano. No creo que estorbe una silla más en la mesa.

—Muy bien —aprobó Luciano Cerro—. Oh, vaya, les presento a la señorita… señorita…

—Nora Tisdale —murmuró apresuradamente ésta.

Hubo una fracción de segundo de silencio sobrante. Pero en seguida Cerro volvió a sonreír, y presentó a sus amigos predilectos… El falso John se llamaba Gonzalo Bastida, y eso fue lo que más interesó a la rubia. Se dio cuenta de que la contemplaban con cierto recelo, pero eran personas muy educadas y, en realidad, la acogieron, al menos aparentemente, con agrado. Fueron a la mesa de la terraza que habían estado ocupando; Bastida acercó otra silla y Luciano Cerro, por fin, tuvo que soltar el brazo de Nora cuando ésta se hubo sentado.

—¿Se encuentra mejor?

—Sí… No ha sido nada, de verdad. Es que he tenido ya unos cuantos accidentes, uno de ellos bastante grave, y… y siempre me asusto mucho desde entonces.

—Es natural —asintió la dama—. ¿Usted es norteamericana, o inglesa, señorita Tisdale?

—Norteamericana.

—Ah…

El camarero llegó con los aperitivos para Cerro y Nora, y ésta bebió un sorbo un tanto largo, con cierta avidez. Luego, miró sonriendo tímidamente a Cerro.

—Bien… Respecto a los daños, señor Cerro…

—Oh, sí —rió él—. Arreglaremos eso. Y le aseguro que no tengo inconveniente en cargar con toda la culpa: nunca he sabido estacionar bien el auto.

Todos rieron alegremente, y Nora Tisdale se quedó mirando, muy brillantes los ojos, al amable caballero: alto, apuesto, deportivo, rostro atractivo e inteligente… Lo había reconocido cuando lo vio salir del auto, pero sólo entonces lo dijo:

—Es usted tan amable, señor Cerro… Y creo que he sido un poco tonta por no reconocerlo antes, pero el susto…

—¡Ah! ¿Sabe usted quién soy?

—Claro… He visto algunas fotografías suyas. Usted es el consejero político de don Orlando Carabias, el presidente de

Tomocán… ¿O no?

—Pues sí, en efecto… A su disposición. En cuanto a usted, señorita Tisdale, me parece que nunca la he visto antes… No es fácil de olvidar.

—¡Cierto! —rió Gonzalo Bastida. Con franqueza, Luciano, preferiría haber sido yo la víctima de la señorita Tisdale.

Todos rieron, un tanto resentida la dama, que preguntó:

—Seguramente, llegó usted en busca de alguien, señorita Tisdale. Si nos dice quién es, podremos…

—No, no… Sólo entré aquí a tomar algo. Me pareció un club muy agradable.

—Lo es —aceptó con prieta sonrisa la dama—. Pero también es privado. Sólo para socios, ¿comprende usted?

—¡Oh! Bueno, yo… yo no sabía…

—No tiene la menor importancia —intervino rápidamente Luciano Cerro—. La persona capaz de abollar un auto con tanta elegancia merece estar aquí. Y mientras usted permanezca en Baroa, las puertas del club permanecerán abiertas siempre que quiera. Sólo diga que es invitada mía. Mmm… ¿Viaje de turismo, señorita Tisdale?

—Pues sí… Pero me enteré de que… Bueno, soy periodista, y cuando supe que a unos compatriotas míos los… los habían… Creo que no debemos hablar de esto ahora.

De nuevo se produjo un breve y tenso silencio. Parecía que nadie tenía nada que decir, hasta que Gonzalo Bastida exclamó:

—¡Bueno! Hoy se ha retrasado usted bastante, Luciano… ¿Debido al malhumor de nuestro presidente, quizá?

—No, no —sonrió Cerro—. Don Orlando es siempre muy ecuánime. Cosas del trabajo. Hay quien piensa que los políticos no trabajamos, porque siempre se nos ve más cuando estamos en recepciones, o fiestas parecidas… Pero tendrían que vernos cuando estamos a puerta cerrada, en nuestros despachos.

—¡Me gustaría ver eso, de verdad! —rió Bastida.

—Y hablando de recepciones, Luciano —intervino la dama—. Aún no he recibido la invitación para la de mañana en su villa.

—¿De veras? —sonrió Cerro—. Bien, de todos modos, usted no precisa ningún cartoncito para asistir a las recepciones oficiales. Sin embargo, me ocuparé de eso esta misma tarde… ¿Qué ocurre?

Cerro miró a Nora, que se había puesto en pie, tímidamente.

—Creo… que debo marcharme —musitó Nora—. Ustedes tienen sus cosas de qué hablar…

—Tranquilícese —sonrió de nuevo Luciano Cerro—; le aseguro que no son secretos de Estado.

—Quizá la señorita Tisdale tiene prisa —sugirió suavemente la dama.

—Sí… En realidad, sólo vine a tomar un aperitivo, y… y ya lo he tomado.

Los hombres se habían puesto en pie. Cerro comentó:

—No tiene por qué marcharse, señorita Tisdale. Quizá sería conveniente que se repusiera usted un poco más.

—No, no… Estoy bien. Le dejaré en el parabrisas la dirección de la casa que me alquiló el auto, señor Cerro. Lamento ocasionarle estas molestias, pero no… no sé cómo pudo suceder…

—Se preocupa excesivamente.

—Gracias. Bien… Ha sido un placer conocerles… Gracias por todo.

—Yo también me voy —dijo Gonzalo Bastida—. Con lo cual, me voy a conceder el gran placer de llevar a la señorita Tisdale adonde ella me indique.

—No se moleste usted. Yo me las…

—De ninguna manera. Insisto en que será un placer. Bien… Adiós a todos. Ya nos veremos.

Se alejaron los dos. Nora dejó los datos en el limpiaparabrisas del coche de Luciano Cerro, si bien era innecesario, puesto que el coche y toda su documentación quedaban allí. Luego, subió al auto de Gonzalo Bastida, y, ya éste al volante, comentó:

—Lo ha hecho usted muy bien, señorita Tisdale.

—Pero me he quedado sin coche, amigo John.

—Bah… Sólo tiene que ir a la casa de alquiler, explicar lo que ha pasado, y le darán otro.

—Muy bien. Y ahora, camino a mi hotel… ¿Será tan amable de explicarme qué hemos ganado con toda esta tonta farsa? Además, usted me informó sobre la matrícula del auto contra el cual debía chocar, pero no me dijo que dentro estaría tan importante personaje político de Tomocán.

Bastida se había dedicado a los mandos, y el coche salía ya del

«Continental Club». Dirigió una mirada de reojo a la rubia espía y murmuró, entre irónico e irritado:

—¿Tiene importancia quién sea el personaje?

—No. He tratado con gente mucho más importante. Pero siempre con un plan o unos motivos bien definidos.

—Tendrá que dejar eso de nuestra cuenta. ¿Cómo ha ido su visita a la prisión?

—Bien. Muy aleccionadora, además. He comprendido perfectamente su objeto al enviarme el pase azul para que pudiera verla: convencerme de que yo sola no podría hacer nada por mis compañeros. Eso me parece una actitud razonable e inteligente por parte de usted. Admitido. Pero… ¿por qué lo de la colisión, el contacto con Luciano Cerro?

—Conteste a una sola pregunta: ¿desconfía de mí?

Nora Tisdale quedó silenciosa, pensativa, y Bastida no le dio prisa para la respuesta. Por fin, ella musitó:

—De acuerdo a la lógica, no debería desconfiar, amigo John. Si usted quisiera perjudicarme, no tendría necesidad de tanto teatro.

—Exactamente. Y puesto que comprende esto, tenga la bondad de no hacerme más preguntas. Quedamos en que todo lo que usted quiere es que sus compañeros de la CIA escapen de esa prisión… ¿Sí o no?

—Sí.

—Pues eso sólo se conseguirá si usted hace lo que le digamos. Y no hay más que hablar. Puedo devolverle su cheque, si no está conforme.

—No tengo más remedio que estar conforme —suspiró Nora.

—Magnífico. Ahora, usted y yo vamos a quedar citados para esta tarde. Digamos que se va a iniciar un… romántico idilio.

—¿De veras?

—Por supuesto. A nadie le sorprenderá que yo me haya enamorado de tan encantadora jovencita. Soy bastante conocido en Baroa, y, prácticamente, en Tomocán. Nuestras… relaciones no pasarán inadvertidas, espero.

—¿Qué es usted exactamente aquí, en Tomocán, amigo John?

—¿Yo? Solamente un multimillonario.

Nora le dirigió una viva mirada.

—Si ya es multimillonario…, ¿para qué quiere mi dinero?

—Bueno… Si soy multimillonario es porque he sabido ganar el dinero, querida Nora. Y éste es un medio como otro de ganar más. Y ya sabe que a más dinero, más poder.

—¿Poder político, quizá?

—¡No, por favor…! —rió Bastida—. Soy demasiado independiente, me gusta demasiado la libertad para complicármela con cargos políticos o de cualquier otra clase. A mí me basta con ser multimillonario.

—Según parece, sus ambiciones son parecidas a las del coronel Corripio. ¿También usted quiere abandonar su país cargado de dinero?

—Por ahora, no. Abel Corripio es diferente: necesita algo que le haga sentirse importante de verdad, y puesto que aquí no va a poder conseguirlo, marchará del país, con un buen montón de dólares. Espero que tenga suerte. Bien… Estamos ante el hotel Andino. ¿Le parece bien que pase a recogerla a las cinco?

—Está bien. ¿Qué haremos?

—Hum… No sé. Lo importante es que quien nos vea comprenda que esto ha sido un flechazo. Pasearemos esta tarde, mañana por la mañana y por la tarde… De este modo, nadie se sorprenderá de que, mañana por la noche, la lleve conmigo a la recepción de Luciano Cerro, en su villa.

—Entiendo. Pero me pregunto si mi presencia es necesaria allí, amigo John.

—¿Necesaria? ¡Es absolutamente indispensable!

—Bien… De acuerdo. Usted y yo nos dedicaremos a pasear, a parecer tiernos enamorados, y mañana iremos a esa recepción. Ahora, una última pregunta, Bastida, y le agradecería una respuesta concreta y terminante: ¿cuándo sacarán a mis muchachos…, a mis compañeros, de la prisión?

—Mañana por la noche.

Los bellos ojos verdes de Nora Tisdale se entornaron.

—¿Durante la recepción en la villa de Cerro? —musitó.

—Así es.

Hubo un lento parpadeo en los verdes ojos. Luego, la señorita Tisdale, sin decir nada más, salió del coche y cruzó la acera, hacia el hotel.

Poco después estaba en su cámara. No había recados para ella,

nadie había llamado, ninguna novedad. Se dejó caer en un silloncito de mimbre de la terraza, cara al mar, y permaneció allí, inmóvil, pensativa, hoscamente fruncido el ceño, durante no menos de veinte minutos. Por fin, recurrió a la radio camuflada en el paquete de cigarrillos, convencida de que, al menos en la terraza, no había ningún micrófono.

—¿Moncho?

—Hola, preciosísima.

—Será mañana por la noche. No sé la hora fija, pero eso no tiene la menor importancia. Pondrán a disposición de los fugados una lancha, en Cala Galápagos. En cuanto a mí, no sé si podré estar presente, pero eso no importará si usted está atento. Lo básico es que salgan de esa fortaleza.

—Sí, pero usted debería estar en Cala Galápagos.

—Lo sé, lo sé, y haré todo lo posible. Pero si algo sale mal y no aparezco, nadie tendrá que preocuparse de mí. ¿Lo entiende bien?

—Desde luego. ¿Puedo hacer un comentario?

—Hágalo.

—Usted está loca, querida niña.

—Es posible. Pero son doce hombres, y quiero que salgan del apuro en que están.

—No voy a discutir con usted. ¿Ha descubierto ya la trampa?

—Todavía no.

—Pues más a mi favor. Está bien claro que…

—Yo tomo las decisiones, Moncho. Y le di instrucciones suficientes y clarísimas para que no tengamos que discutir más el asunto. Una última cosa: Abel Corripio, el jefe de prisiones, es cómplice del tal John, cuyo nombre verdadero es Gonzalo Bastida.

—¡Fiuuu…! —Se oyó el silbido de Moncho—. ¡Vaya pareja! Se lo repito: están jugando sucio.

—Naturalmente —sonrió Nora Tisdale.

—¿Naturalmente? Escuche, hermosa, si quiere puede enviarme al diablo, pero diré que si yo fuese usted…

—Váyase al diablo —rió Nora.

Y cortó la comunicación.

Capítulo V

Cuando salió del agua pareció convertirse en una estatua de plata, brillantísima; una estatua de belleza que parecía irreal, imposible. Por un instante pareció que caminase sobre las olas, blancas de espuma, mientras llegaba a la zona de arena húmeda y prieta. Sonrió, y sus dientes, menudos y blancos, fueron como un destello de luz en el rostro húmedo. Los rubios cabellos se adherían a su cabeza, también brillando a la luz de la luna.

Aceptó el albornoz que le tendía Abel Corripio, sin inmutarse, y sonrió dulcemente.

—Muchas gracias, coronel.

Abel Corripio, con sus botas hundidas ligeramente en la prieta arena parecía petrificado.

—Se está mojando las botas, coronel.

Corripio retrocedió hacia la arena seca.

—¿No va usted a nadar un poco? —preguntó Nora.

—Hoy no… Pero quizá lo haga otro día.

—Se pierde algo maravilloso.

—Todo tiene sus compensaciones.

—Lo cual es sorprendente —rió ella—, pues los espías siempre mentimos. Pero no sólo los espías, coronel: los militares también mienten.

—¿Lo dice por mí? ¿En qué le he mentido?

—Me pareció que iba a retirar a sus hombres de la vigilancia que ejercen sobre mí. Y no lo ha hecho.

—Quizá no me entendió usted bien. Le dije que los retiraría si usted venía aquí, a Cala Galápagos, a bañarse. Por lo demás, y puesto que de todos modos se ha pasado usted la tarde con Gonzalo, no importaba que la siguiesen o no. En cuanto a mi promesa, la he cumplido: al ver ellos que usted se disponía a nadar, se retiraron… ¿Cómo lo ha pasado con Gonzalo?

—Regular. No es precisamente brillante enamorando a una mujer… Sin embargo, espero que a los ojos de quienes nos hayan visto, no lo hemos hecho mal ninguno de los dos. Quizá mañana, con la práctica, vayamos perfeccionando nuestra actuación. Pero dígame, coronel: ¿ha venido aquí, casi a medianoche, para hablarme de su amigo y cómplice el multimillonario Gonzalo Bastida? ¿O para estar fresco y alegre?

—He venido porque me pareció que valdría la pena verla nadar en una cala solitaria, a medianoche y desnuda.

—Ah… ¿Y ha valido la pena?

—Sin duda de ninguna clase.

—Muchísimas gracias —rió Nora Tisdale, sentándose en la arena —. Venga, siéntese aquí, a mi lado, y fumaremos un cigarrillo antes de retirarnos. ¿No es maravillosa la vida en momentos como éste?

Abel Corripio se sentó junto a la espía, sin dejar de mirarla un solo instante. Ella encendió dos cigarrillos y tendió uno al militar, que lo tomó con mano un tanto temblorosa.

—Y dígame, coronel —sonrió ella, tras expeler un fino chorrito de humo—, ¿cómo están mis compañeros?

—Perfectamente. Es una… mercancía que le entregaremos en magníficas condiciones.

—Así lo espero.

—Tengo entendido que algunas espías utilizan su belleza y sus… dotes amatorias para conseguir sus propósitos.

—Oh, oh, oh… ¡Es usted un pícaro, coronel! Ya veo adónde quiere ir a parar. Está… desafiándome a que consiga algo de usted por medio de mis encantos, ¿no es así?

—Parece que esto la divierte.

—Mucho. ¡Muchísimo, en verdad! —volvió a reír ella—. Para serle sincera, había pensado recurrir a ese truco con usted, pero sería una tontería por mi parte.

—¿Por qué?

—Porque, mi querido coronel, usted no tiene ningún secreto que pueda interesarme. ¿Para qué, entonces?

—¿Está segura de que no tengo ningún secreto que le interese? —sonrió secamente Corripio.

—No sé… —dudó ella—. ¿Lo tiene?

—¿Quién sabe?

—No eres muy listo, coronel… —susurró Nora—. Sé que no tienes nada especial que ofrecerme, en cuanto a espionaje se refiere.

Ella le rodeó el cuello con los desnudos bracitos. Le besó en la boca, lenta, profunda, dulcemente… Abel Corripio parecía de madera, pero, muy rápidamente, se convirtió en cera. Cuando se dio cuenta, estaba besando ávidamente a la espía norteamericana.

Y de pronto, ella lo apartó y ladeó la cabeza.

—No, Abel —tembló su voz—. Ya te he dicho que no es el momento.

—Sí —jadeó él—. Sí lo es…

Volvió a besarla furiosamente.

—Vámonos… —suplicó ella—. Vámonos ahora mismo, Abel…

—Más tarde… Tenemos tiempo los dos…

—Están mis compañeros. ¡No puedo arriesgarlos por un momento de felicidad personal, no tengo derecho!

—No arriesgas nada… Ellos saldrán mañana…

—Lo sé. Lo espero, al menos. Y nos iremos hacia Perú… Tú tendrás entonces tu dinero, Abel, podrás marcharte de aquí…, y eso será diferente. Dime dónde quieres que te espere, y lo haré.

—No tendremos otra oportunidad, Nora…

—Puedo esperarte donde quieras: en Lima, Río de Janeiro, Buenos Aires, Miami, París… ¡Donde quieras!

—¡No tendrás que esperarme, entiéndelo de una vez, porque no saldré de Tomocán…! Las cosas van a cambiar, y yo podré…

Abel Corripio se calló bruscamente. Sus ojos se entornaron en un súbito gesto de furia, en contraste con la divertida sonrisa que apareció en los bellos labios de Nora Tisdale.

—¿Se da cuenta, coronel? —musitó ella—. La función ha terminado.

—No te he dicho nada… —jadeó él—. ¡Nada!

—Por supuesto, mi querido coronel: nada. Pero ha sido porque yo no he querido. En realidad, he sido benévola con usted. Si hubiera querido, en estos momentos me estaría recitando hasta lo que aprendió en la escuela. Agradezca que me he tomado su desafío como una broma. Y ahora, por favor, déjeme poner en pie. ¿Por favor?

—Eres muy astuta —masculló Corripio—. Pero me he dado cuenta a tiempo…

—Claro, claro… De todos modos, lo único que me interesa son mis compañeros. No me ha dicho nada, coronel. Ahora, si me lo permite, volveré a mi hotel. Mañana me espera un día muy duro: tendré que soportar en todo momento a Gonzalo.

—Más dura va a ser para ti esta noche —susurró él, ronca la voz.

—Coronel: he sido amable con usted. No me obligue ahora a ser desagradable. Apártese de mí.

—No, espía, no…

Se abalanzó a besarla de nuevo, pero una manita de la espía quedó colocada en su barbilla, y de pronto el bracito se distendió, con tal fuerza que Abel Corripio salió rodando por la arena, hacia un lado. Nora Tisdale se puso en pie rápidamente, de modo que cuando lo hizo el coronel, ella se le enfrentó en igualdad de condiciones, muy tranquila; no se había alterado lo más mínimo.

—Será mejor que vayas a quitarte las botas, o pillarás un resfriado, mi amor —dijo sarcásticamente—. Hasta los hombres tan fuertes como tú pueden resfriarse. Y eso resulta muy molesto. *Ciao!*

Corripio extendió los brazos hacia ella, adelantándose.

—Cuando acabe contigo estarás mucho más mansa… —jadeó—. Yo te enseñaré…

Cargó contra ella, intentando rodearla con los brazos. Fue toda una sorpresa… para Abel Corripio, naturalmente. Nora Tisdale se limitó a inclinarse girando ante el coronel, mientras sus manos asían un brazo de éste…, que al segundo siguiente estaba efectuando un veloz vuelo que lo llevó de cabeza a la arena.

—Gonzalo debió advertirte sobre mis habilidades, coronel —rió despectivamente Nora—. Recoge tu gorra y tu dignidad, y márchate. No compliques más esta bella noche de luna…

Corripio se había puesto en pie y pasaba de nuevo al ataque, con más precauciones…, que no le sirvieron de nada, porque esta vez, para derribarlo, Nora Tisdale ni siquiera esperó a tenerlo cerca. Todo lo que hizo fue alzar su pierna derecha, velozmente; el pie golpeó a Corripio en pleno estómago, deteniéndolo en seco, doblándose hacia delante; el siguiente puntapié fue en plena barbilla, y el coronel saltó en redondo hacia atrás, cayó de bruces y quedó inmóvil.

Nora Tisdale encogió los hombros al ver que no se movía. Se vistió rápidamente, recogió su bolso, la toalla y el albornoz, y se

acercó a Corripio.

—Lo malo de los tipos como tú —comentó perezosamente, en voz alta— es que os creéis más listos de lo que sois.

Lo asió de una bota y lo arrastró hasta la orilla del mar, metiéndolo adentro. Lo dejó agitándose en el agua, mientras ella recogía por fin sus zapatos y regresaba adonde había dejado el coche que suplía al del accidente. Cuando se alejó de allí, pudo ver a Corripio saliendo del agua, vacilante, empapado. Seguramente, su dignidad masculina tardaría mucho más tiempo en secarse que su uniforme de coronel.

Ya por la autopista que la llevaría pronto hacia el centro de la ciudad de Baroa, Nora Tisdale volvió a utilizar su radio camuflada en el paquete de cigarrillos, tras haberse concedido aquellos minutos para reflexionar.

—¿Moncho?

—Estoy en el infierno. Usted me envió allí, ¿no?

—Es cierto; pero ya puede volver. Y no sea rencoroso conmigo.

—Está bien. ¿Cómo le ha ido con esa bestia de Corripio?

—A mí, bien. A él, no tanto. Dígame una cosa, Moncho: ¿qué es lo que puede cambiar en Tomocán?

—Mmm… No la entiendo. Cambiar…, ¿en qué sentido?

—Pues no sé. Un cambio que favorezca a Abel Corripio en el sentido de que ya no tenga que abandonar el país para sentirse importante, para ver más o menos cumplidas sus ambiciones.

—Ya… Bien, no sé… Pueden ser muchas cosas. Pero, básicamente, un cambio de Gobierno.

—¿Un cambio de presidente?

—Podría ser. Pero si no tanto, algo que ayudaría a Corripio a escalar altas cimas. De todos modos, un cambio de presidente en el país es poco probable. Orlando Carabias tiene los pies muy firmes en el poder; luego, está Luciano Cerro, que le sustituiría, y no creo que eso favoreciese a Corripio, precisamente. También está luego, en la lógica sucesión de personajes, Marcelino Preciado, un hombre taciturno, de escaso relieve, pero poco partidario del Ejército… No veo el beneficio para Abel Corripio de ninguna manera.

—¿Y para Gonzalo Bastida?

—¡Ni hablar…! Bastida no ha tenido jamás la menor ambición política, puede estar segura.

—Entonces, nos quedamos sin saber qué es lo que va a cambiar que favorezca a Corripio y a Bastida.

—Lo siento. No se me ocurre nada.

—Ya lo sabremos, se lo aseguro. Lo que sí es fácil de comprender es que, de un modo u otro, mis muchachos y yo somos parte del juego. He golpeado y humillado a Corripio… Pues bien: ya verá cómo no pasará nada. Mis muchachos saldrán de la prisión, pese a esos golpes. No sé qué traman, pero nos necesitan. Nos están utilizando en algo.

—Eso parece.

—¿Averiguó algo sobre el asunto de las detenciones?

—No. Hasta el momento, ninguno de mis amigos dice haber visto antes de las detenciones a ninguno de sus «muchachos» en relación con Corripio o Bastida. Es posible que usted se esté equivocando, nena.

—Yo nunca me equivoco en estas cosas, Moncho. De cuando en cuando, algún agente de la CIA comete una indiscreción, un fallo, que da lugar a su detención en el país donde se halla trabajando. Eso es normal, ya que nadie es infalible. Pero nunca se había dado el caso de que doce agentes a la vez cometieran esa indiscreción, ese fallo. Tiene que ser lo que yo le dije.

—Es posible. Seguiremos en eso… Y tenga cuidado: si esa gente está tramando algo, alguien tendrá que pagar. Y no cabe duda de que ya tienen elegidos a los que habrán de pagar. Usted no debería haberse dejado envolver en esa tela de araña, ya que se ha dado cuenta de que los están utilizando a los trece.

—Me tienen sin cuidado las telas de araña mientras esos doce hombres salgan de la prisión. Luego, ya veremos quién sorprende a quién. Pero, por ahora, me conviene seguir haciendo lo que ellos quieran, como una tonta: ir a la prisión, tomar contacto de un modo estúpido con Luciano Cerro, pasearme con Gonzalo Bastida, ir a la recepción de mañana por la noche… Lo que quieran. Yo seré la tonta más tonta de todas las tontas hasta que convenga dejar de serlo.

—Espero que aún esté a tiempo. Es muy peligroso.

—¿Conoce algún medio mejor de sacar a mis compañeros de la prisión?

—No.

—Pues todo está dicho. Siga con lo suyo, Moncho. Yo voy a ver si trabajo un poco esta noche, y…

—¿Va a trabajar más?

—Quiero decir, con la cabeza. Tengo que pensar. Y descansar mucho. Mañana me espera un día de felicísima agitación con mi reciente enamorado, el amigo Bastida. Espero pasarlo mejor que hoy: es aburridísimo, el pobre. En fin… He soportado cosas peores. Adiós, Moncho.

Capítulo VI

A las diez de la mañana siguiente, la señorita Tisdale apareció en el vestíbulo del hotel Andino fresca, hermosa y delicada como la más bella flor del mundo. Llevaba unos *shorts* blancos, una blusita azul pálido anudada ante el vientre, de modo que se veía parcialmente éste, y unas graciosas sandalias de artesanía indígena. Su aparición produjo una especie de colapso en todo el funcionamiento del hotel; los demás clientes que estaban allí leyendo el periódico parecieron quedar paralíticos en sus sillones, boquiabiertos; los botones se tambalearon; el conserje pareció a punto de desmayarse cuando ella le tendió la llave, sonriendo, y preguntó si había algo para ella.

—No… No, señorita…

—Seguramente, estaré todo el día fuera, en el mar. Si alguien preguntase por mí, por favor, dígale que vendré entre las cinco y las seis.

—Lo haré con mucho gusto…

—Gracias. ¡Hasta luego!

El conserje se quedó musitando un «hasta luego», y pensando que sí debió decirle que había algo para ella: él mismo. Empezó a hacer cábalas respecto a sus posibilidades, y eso le puso de pésimo humor… Cuando la rubia muchacha salió del hotel, hubo un suspiro colectivo, y pareció que, de pronto, el luminoso día quedaba convertido en algo triste y sombrío.

Afuera la estaba esperando Gonzalo Bastida, en su coche. Al verla, entornó los ojos, quizá para ocultar la chispa ardiente que delataba su inmediato pensamiento. Salió del coche, le abrió la portezuela, y luego volvió a sentarse junto al volante.

—Es usted una mujer… excepcional —musitó.

—Lo sé —sonrió ella—. ¿Adónde iremos exactamente?

—A dar un paseo con mi yate.

—Ya me dijo eso ayer. Pero pregunto si hay algún motivo

especial para ello, o es un simple día de recreo.

—Es un simple día de recreo.

—Estupendo. ¿Conoce alguna hermosa playa, o una cala no muy profunda, donde se pueda gozar del placer de nadar?

—Por supuesto.

—¿Hay inconveniente en que vayamos allí?

—No —Bastida parecía desconcertado—. ¿Por qué habría de haber inconveniente?

—Pensé que tendríamos que hacer algo especial, de modo que no he traído mi *bikini*. Pero, en vista de las circunstancias, iré a buscar un par de ellos. Vuelvo en seguida…

—Espere, espere… Podemos comprar en cualquier sitio su…

—¿Por qué? Tengo varios *bikinis* hechos a medida, querido… Si fuese necesario, aceptaría cualquier otra prenda; pero no creo que sea necesario. Subiré a buscarlos en un minuto.

—Insisto en que no es necesario. Hay una tienda de modas muy cerca de aquí… Permítame obsequiarla.

Nora Tisdale se quedó mirando fijamente a Gonzalo Bastida, y él sonrió, con escasa espontaneidad. Se dispuso a poner en marcha el coche, pero justo cuando prendía el encendido y parecía dispuesto a decir algo, ella abrió la portezuela de su lado y salió rápidamente.

—Vuelvo en seguida —murmuró.

Bastida salió rápidamente del coche y fue detrás de Nora; al llegar a la entrada del hotel, se detuvo, indeciso y disgustado. Vaciló unos segundos y optó por volver al coche. Mientras tanto, la señorita Tisdale había pedido su llave y subía ya rápidamente hacia el piso segundo. Llegó ante la puerta de su cámara, metió silenciosamente el llavín en la cerradura, abrió y empujó la puerta… El pequeño papelito blanco no revoloteó hasta el suelo. Por la sencilla razón de que cuando ella abrió la puerta el papelito ya había caído, dentro de la cámara. Es decir, que alguien había abierto aquella puerta en el corto espacio de tiempo comprendido entre su salida aquella mañana y su regreso en busca de un par de *bikinis*.

Cerró la puerta, en silencio, y abrió su bolsito de paja, también de artesanía indígena, que hacía juego con las sandalias. Sacó la pequeña pistola de cachas de madreperla, siempre mirando hacia el dormitorio, cuyas persianas había dejado entornadas. Seguían igual,

pero ella sabía que algo estaba sucediendo o había sucedido. El dormitorio, en penumbra, le pareció como una amable gruta en la cual pudiera haber una trampa, de modo que decidió no entrar en él. Tampoco allí había mucha luz, debido a las persianas entornadas, de modo que tras leve vacilación fue a uno de los silloncitos y se sentó, siempre mirando hacia el dormitorio, apuntando hacia allí su pistolita.

A su finísimo oído comenzaron a llegar leves ruiditos, suave movimiento de pies, el deslizarse de un mueble ligero… Luego, el silencio súbito, al que siguió, con bastante claridad, el quedo sonido de unos pies en el suelo.

De pronto, un hombre apareció en la puerta del dormitorio. Al parecer, no había oído la llegada de Nora Tisdale, por lo que su actitud, si bien furtiva, era confiada. Se dirigía hacia la puerta… Y, de pronto, quedó como clavado en el suelo, y su cabeza se volvió hacia el silloncito donde estaba sentada la rubia espía, conteniendo muy mal una ahogada exclamación.

—Buenos días —saludó amablemente Nora—. ¿Se equivocó usted de cámara, señor?

El hombre reaccionó de pronto y echó a correr hacia la puerta, velozmente. Pero mucho más veloz que él fue la señorita Tisdale, que se puso en pie, cruzó una pierna en el camino del hombre, y éste saltó, describiendo media vuelta en el aire antes de caer aparatosamente al piso. Se revolvió a toda prisa, dispuesto a levantarse, pero uno de los delicados pies calzados con las graciosas sandalias golpeó secamente su hígado, y el hombre lanzó un gemido y quedó crispado en el suelo, abierta desmesuradamente su boca. Otro implacable y ferocísimo golpe con el pie, ahora en los riñones, de arriba abajo, le hizo gemir nuevamente y perder de modo fulminante el conocimiento. Quedó tendido de bruces, con la abierta boca crispada en un gesto de dolor.

La espía le dio la vuelta y procedió a registrarlo. Encontró la pistola, que se metió en el amplísimo escote. También encontró la llave con la placa del hotel, correspondiente a la cámara catorce; es decir, que aquel sujeto se había alojado en su mismo hotel y en su mismo piso. Sacó su billetera y encontró la documentación. Se llamaba Eugenio Padilla, tenía treinta y ocho años, era natural de Baroa… Había unos diez mil pesos en la cartera. Cigarrillos,

encendedor, llaves de un auto, pañuelo, monedas… Eso era todo. Lo bastante para desconcertar a Nora Tisdale. Aquel hombre no le había robado nada. No llevaba encima nada que pudiera haber tomado de su equipaje, o del maletín rojo con florecillas azules. Todo cuanto llevaba encima, le pertenecía. Le quitó los zapatos y los examinó, especialmente en los tacones. No había doble fondo.

Por fin, Nora Tisdale se quedó mirando, definitivamente desconcertada, el rostro de Eugenio Padilla, un desconocido para ella.

—Me gustaría saber a qué has venido aquí —musitó—. Y me lo vas a tener que decir, amiguito.

Fue al dormitorio, abrió las persianas y abrió el armario. Sus cosas parecían estar tal como las había dejado. Echó un vistazo al contenido del maletín, pero no faltaba nada allí. Ni en sus dos maletas.

La respuesta sólo podía ser una: si aquel hombre no había ido allí a llevarse nada, había ido a dejar algo. La idea de que habían decidido colocarle un micrófono en su cámara casi la divirtió. Estuvo un par de minutos mirando a su alrededor, sin adivinar dónde podía aquel hombre haber ocultado el micrófono.

«¡Qué absurdo…!», pensó.

De una de las maletas sacó dos *bikinis*, uno rojo y uno azul, que metió en su bolso de paja. Lo dejó todo como estaba, encogió los hombros decidiendo que si habían querido colocarle un micrófono resultaba divertido, y… en aquel momento oyó, afuera, en el saloncito, el rumor del desplazamiento de Eugenio Padilla. Corrió hacia allí, apercibiendo la pistolita, y vio al hombre justo cuando llegaba ante la puerta y asía la manilla.

—¡Quieto! —ordenó—. ¡Si abre esa p…!

El hombre bajó la manilla, dio un tirón, con la cabeza vuelta hacia la espía, y se dispuso a salir. Un destello de alarma pasó por sus ojos al comprender que aquella mujer no estaba bromeando, que iba a dispararle. Y en lugar de detenerse haciendo gala de prudencia, recurrió a un truco… que le dio malísimos resultados: se inclinó, dispuesto a esquivar la bala y saltar al pasillo. Justo cuando se inclinaba, sonaba el suavísimo chasquido del disparo en la pistolita, y la bala, que Nora quería colocar en una pierna del hombre, le dio de lleno en la nuca al agacharse. Simultáneamente,

las piernas de Padilla se distendían en un movimiento muscular reflejo, obedeciendo la última orden dictada por su cerebro. Efectuó el salto, pero no llegó al pasillo, sino que golpeó de cara contra el quicio de la puerta, rebotó y quedó tendido de cara al techo dentro de la cámara.

Nora corrió hacia la puerta, la cerró y tomó una mano del hombre. La soltó en seguida, con un gesto de disgusto: había sido una estúpida manera de morir.

Durante un minuto quedó arrodillada junto al cadáver. Luego, tomó su decisión. Salió al pasillo, fue a la cámara catorce, que abrió con la llave de Padilla, y, tras asegurarse de que no había nadie dentro, dejó la puerta ajustada y regresó a su propia cámara. Colocó la pistola de Padilla en su bolsillo interior, y luego, con un vigor que habría dejado estupefactos a posibles mirones, se cargó el cadáver en su hombro derecho, con las piernas hacia delante. Atisbo el pasillo, y convencida de que nadie pasaba por allí, salió, se deslizó rápidamente hasta la cámara catorce, y entró. Fue al dormitorio, dejó el cadáver sentado en un sillón y regresó a toda prisa a su cámara. Se aseguró de que no quedaba ninguna mancha de sangre, recogió su bolso de paja y salió.

Segundos más tarde, volvía a sentarse junto a Bastida, en el coche. Se dio perfecta cuenta de la escrutadora mirada que le dirigía Bastida, pero la ignoró, suspirando disgustada.

—¡Uf…! Si fuese más ordenada con mis cosas no me pasaría: hasta he llegado a pensar que no encontraría los *bikinis*. ¿He tardado mucho?

—Un poco —sonrió con expresión tranquilizada Bastida—. Pero no tiene importancia.

Nora se quedó mirándolo con el ceño fruncido.

—Querido, no sé cómo interpretar esas palabras… ¿Está diciendo que no tiene importancia estar más o menos tiempo conmigo?

—No, no —rió Bastida alegremente—. Estoy diciendo que vale la pena esperar el tiempo que sea a una mujer como usted.

—Oh… ¡Oh, eso es diferente! Una cosa, Gonzalo: ¿no cree que sería mejor que nos tuteásemos? Si esta noche hemos de dar la impresión de que sostenemos un idilio fruto de un flechazo…

—Buena idea —admitió Bastida—. Por mi parte, encantado,

Nora.

—Y por la mía también, querido —sonrió ella—. ¿Has pensado ya a qué hermoso lugar vas a llevarme?

—A Cala Corbacho. Te gustará… Y espero que ambos pasemos un día maravilloso… —Se echó a reír—. ¡No cabe duda de que es agradable tratar con espías de clase!

—Hum… —sonrió ella—. Espero que no te hayas hecho demasiadas ilusiones respecto a posibles intimidades entre nosotros, Gonzalo. Eso no entra en el pacto.

—Es una lástima —centellearon los ojos de Bastida—. En fin, de todos modos estoy seguro de que serás una amena y agradable compañía. Eres una mujer…, ¿cómo diría yo?…, una mujer…

—¿Acogedora?

—¡Exacto! —exclamó Bastida—. ¡Acogedora!

—Y tú eres muy amable, Gonzalo. Espero no defraudarte durante el día de hoy y estar a la altura de las circunstancias en la recepción en la villa de Luciano Cerro.

Capítulo VII

A las seis de la tarde, Nora Tisdale regresó al hotel, después de un día agradable y tranquilo, tomando el sol, nadando, contemplando las gaviotas sobre el mar y las palmeras en la costa. Lo primero que hizo al llegar a su cámara fue bañarse largamente, mientras pensaba detenidamente en lo que podía suceder aquella noche. Sus compañeros iban a ser sacados de la prisión, y eso era lo importante. Luego…, que cada cual aceptase las consecuencias de su juego.

Hacia las siete y media, ya vestida de noche, salió de la cámara, dispuesta a reunirse con Gonzalo Bastida, que la llevaría a cenar antes de ir ambos a la recepción. Pero, antes de bajar al vestíbulo, abrió la puerta de la cámara catorce, utilizando la llave, que se había quedado. Entró en el dormitorio, miró hacia el sillón donde había dejado el cadáver de Eugenio Padilla, y frunció el ceño al verlo vacío. Naturalmente, no cometió la tontería de buscar en otros sitios en busca del cadáver: si no estaba en el sillón, era que se lo habían llevado. No era probable que Padilla se hubiera marchado por sus propios medios. Se lo habían llevado… Pero discretamente, sin escándalo, sin alarmar a nadie. De otro modo, en el hotel habría un ambiente muy distinto al que había encontrado a su regreso del paseo en yate. No. Nadie sabía nada de lo sucedido.

Abandonó aquella cámara, cerró, tiró la llave en una de las grandes macetas del pasillo y bajó a reunirse con Bastida, que ya la estaba esperando. Como siempre, su aparición causó estragos entre el elemento masculino del hotel, y varias docenas de suspiros quedaron flotando en el aire cuando ella salió en compañía de Gonzalo Bastida. Éste la llevó a cenar a un lujoso restaurante en Pico Celeste, desde cuya terraza al aire libre se veía toda la costa y la ciudad que se iluminó antes de que terminaran de cenar. Era un lugar muy agradable, con un paisaje espléndido, que aumentó la

belleza al oscurecer.

A las nueve y cuarto terminaron de cenar, muy reposadamente, conversando como grandes y viejos amigos. Luego, por fin, fue llegada la hora de asistir a la recepción en la villa de Luciano Cerro, consejero político del presidente de la nación.

* * *

—¡Ah, señorita Tisdale…! —Luciano Cerro tomó su mano y se inclinó sobre ella en la simulación del beso—. ¡Es un gran placer volverla a ver! Reciba usted la más cordial bienvenida a mi casa.

—Muchas gracias, señor Cerro… —sonrió la espía—. A decir verdad, temía que mi presencia no fuese de su agrado.

—¡Cómo! —protestó Cerro—. ¡Por favor, no es posible que usted haya pensado semejante cosa!

—Bueno… Es usted tan amable…

—Ya te lo advertí, querida —sonrió Bastida—. Luciano es un buen amigo, y no era probable que pusiera inconvenientes a que te trajera conmigo.

—Por supuesto —asintió Cerro, sonriendo con simpática malicia —. Vaya, Gonzalo, es usted un hombre afortunado, ¿no es cierto?

—Así lo pienso especialmente desde ayer tarde —sonrió Bastida de nuevo—. Es asombroso el modo en que suceden las cosas, Luciano. No se lo tome a mal, pero estoy contentísimo de que le aplastaran un poco el coche.

Se echaron a reír los tres, y Cerro exclamó:

—¡No me lo tomo a mal! El coche estará pronto reparado, y si tan pequeño incidente ha servido para que uno de mis amigos sea feliz, yo también me alegro. Se habla bastante de ustedes dos, Gonzalo.

—Lo imagino —sonrió éste una vez más—. Y supongo que con envidia. Comprendo que todo puede parecer un poco sorprendente, pero… Bueno, nunca he sido un estúpido. Y lo sería si dejara escapar de mi lado a Nora, ¿no le parece?

—Sin duda. Bien… Ya nos iremos viendo. Considérense en su casa, con toda libertad.

Luciano Cerro se acercó a recibir a otros invitados, mientras Nora y Gonzalo entraban en la casa, directos hacia el gran salón

donde se oía un fuerte rumor de conversaciones, con fondo musical. Había no menos de cincuenta personas ya, y algunas más en la grandiosa terraza iluminada con luces de colores. En un rincón, una orquesta tocaba con notable entusiasmo. A la derecha, el bar improvisado, muy concurrido especialmente por caballeros, que tras un instante de pasmado silencio al ver a Nora, los acogieron con amistosas bromas hacia Gonzalo, sin poder ocultar su admiración hacia la rubia espía. Bastida los presentó, sonriendo a cada frase galante que ella recibía. Tomaron cada uno una copa de champaña y salieron a la terraza. Olía a tierra fresca y a flores, y la Luna brillaba intensamente en el cielo.

—Es una noche de enamorados —musitó Bastida, sonriente.

—Sí. Pero mala noche para los espías —musitó Nora—. Sobre todo, si han de escapar en una lancha. La Luna no siempre es una buena amiga, querido.

—¿Algo te preocupa?

—Me parece que no. Pero aún estaré menos preocupada cuando mis amigos y yo estemos en las costas peruanas.

—No tardará mucho en suceder eso. Como máximo…

—¿Qué tal, señor Bastida? —murmuró una voz tras ellos.

Los dos se volvieron, y Bastida sonrió. Nora también sintió deseos de sonreír al ver a aquel hombre. Mediana estatura, cincuenta y tantos años, ojos bondadosos, expresión tímida… Era una de esas personas en las que resulta difícil reparar, darse cuenta de su presencia.

—Ah, don Marcelino… ¿Cómo está? Hace días que no tenía el gusto de verlo.

—No me gusta exhibirme mucho, ya lo sabe… Y no estaría aquí si Luciano no hubiera insistido tanto.

—Entiendo… Permítame presentarle a la señorita Tisdale. Él es don Marcelino Preciado, un hombre de Estado muy inteligente…, aunque poco afortunado. No se le hace justicia.

—No debe decir esas cosas, señor Bastida… ¿Cómo está, señorita Tisdale?

—Bien, gracias. Encantada, señor Preciado.

Éste sonrió suavemente, como un abuelito cariñoso.

—He oído hablar de usted y del señor Bastida durante el día de hoy… —murmuró—. Parece que tuvieron un modo… simpático de

conocerse. Usted es norteamericana, ¿verdad?

—Sí.

—Ah… Estados Unidos es un gran país.

—Eso creo yo —rió Nora—. Y todos los estadounidenses.

—Es natural. Pero hasta los grandes países suelen tener contratiempos, en ocasiones. Supongo que está al corriente de cierto desagradable suceso entre nuestros respectivos países… Aunque espero que todo se podrá resolver por vía diplomática.

—Desconfío bastante de las vías diplomáticas —musitó Nora Tisdale—. Aunque, a veces, las cosas son factibles gracias a ella. Me gustaría saber qué opina usted sobre la detención de esos doce compatriotas míos, señor Preciado.

—¿Yo? Nada. ¿Qué puedo opinar? Desconozco completamente el asunto. Lo único que puedo decirle es que no me parece… amistoso colocar espías en casa ajena.

—Aún no se ha demostrado que sean espías, señor Preciado.

—No digo que lo sean, no… Vaya, me temo que le estoy resultando desagradable, señorita Tisdale, pero mi intención…

—Usted no es desagradable —sonrió Nora—. Si acaso, un poco rudamente sincero. Eso no me molesta, señor Preciado.

Éste se quedó mirando con notable interés a la hermosa rubia.

—Usted sabe hablar, señorita Tisdale. Y para hacerlo en un idioma ajeno al suyo, lo hace muy bien, con gran propiedad. Tanto, que si me hubiera dicho que no es norteamericana, lo habría creído.

—¿Se da cuenta de que usted no es desagradable? —rió Nora.

—Usted es muy gentil —sonrió Preciado—. Veo que ha terminado su copa de champaña… ¿Me permite que vaya a buscarle otra? Estoy muy a gusto conversando con usted —miró amablemente a Bastida—. Y me parece que no resulto un rival muy peligroso.

Gonzalo se echó a reír.

—Voy a confiar en usted, don Marcelino, permitiéndole que converse de cosas…, mmm…, importantes con Nora. Aprovecharé para saludar a algunos amigos mientras usted va en busca del champaña… Es decir, mientras lo saborea en tan hermosa compañía.

—Es usted un hombre de suerte —suspiró Preciado—. Voy a por el champaña.

Se alejó hacia el bar, inofensivo e insignificante. Parecía que nadie se daba cuenta de su presencia, y sobre esto tuvo Nora Tisdale un comentario al que no dio gran importancia:

—Es un hombre inteligente, pero con escasa personalidad, ¿no te parece, querido?

—Estoy de acuerdo contigo.

—¿Qué es exactamente el señor Preciado?

—Un hombre en la sombra… Lo que suele llamarse una «eminencia gris». Muy pocas personas en el país, y menos en el extranjero, tienen idea de su gran valía como político. ¿Por qué?

—Curiosidad. Oh, allí veo al coronel Corripio… ¿Debo saludarle?

—Mejor que no —musitó Bastida.

Nora Tisdale sonreía irónicamente. En efecto, Abel Corripio acababa de llegar y los había visto en seguida, clavando una dura mirada rencorosa en la rubia espía, pero la desvió al saberse mirado por ella.

—Si conversas con él, pregúntale si ya se le ha secado el uniforme —casi rió Nora.

—¿A qué te refieres?

—Él te lo dirá…, si quiere. Oh, ahí vuelve nuestro inteligente don Marcelino.

Preciado llegó junto a ellos y tendió una copa de champaña a Nora, que la tomó con sus delicados deditos, sonriendo. Bastida se alejó, dejándolos solos, conversando agudamente, con ingenio.

La fiesta prosiguió, tranquila y amable. Habían llegado ya todos los invitados, al parecer, y Luciano Cerro apareció en el salón, y luego en la terraza, conversando con sus amigos invitados. Había militares de alta graduación, bellas damas, jóvenes alegres… Bastida rescató a Nora del poder de Marcelino Preciado, y la fue presentando a varias personas. Luciano Cerro intercambió frases amables con ella un par de veces, y bromeó con algunos invitados sobre el modo tan especial que tenía la señorita Tisdale de presentarse en los sitios…

Hacia las once, cuando ya empezaba a impacientarse, Nora Tisdale observó, de pronto, un gran interés en la mirada que Bastida dirigía hacia la puerta del salón. Vio allá a un hombre desconocido, vestido de etiqueta, que, al saberse mirado por Bastida, movió la

cabeza muy levemente, en gesto afirmativo, y luego se mezcló con los invitados. Nora volvió a mirar a Bastida, con el rabillo del ojo, y le vio mirar a su vez a Abel Corripio, que captó la expresiva mirada, asintió con la cabeza y salió del salón, por la terraza. Regresó un par de minutos más tarde, miró a Bastida y asintió con la cabeza.

—¿Te parece que salgamos unos minutos a la terraza? —propuso con tono indiferente Bastida.

—Sí, encantada… Empiezo a notar mucho calor aquí…

Él la tomó del brazo y salieron, acercándose a los macizos de flores que bordeaban la terraza. Por instinto, Nora Tisdale volvió la cabeza, y vio de nuevo a Corripio, saliendo a la terraza, aunque permaneciendo alejado de ellos. Dos matrimonios amigos de Bastida estaban por allí, conversando agradablemente, y se acercaron a ellos, sonriendo, introduciéndolos en la conversación… Tan sólo tres minutos más tarde, un hombre apareció por el jardín, se acercó a la terraza y se quedó mirando a Nora Tisdale, que al principio no le prestó más atención que la extrañeza de que fuera vestido de calle. Pero el hombre le hizo una seña con los ojos, y la repitió cuando ella se lo quedó mirando.

—Vuelvo en seguida —murmuró Nora.

—¿Deseas algo? —se ofreció inmediatamente Bastida.

—No, no… Ya vuelvo.

Se alejó del grupo, como distraída. Bajó al jardín y se acercó al hombre, que acudió a su encuentro, excitado. Ni siquiera le dio tiempo a preguntarle nada, sino que informó rápidamente:

—Los agentes de la CIA han salido ya de la prisión. Están camino de Cala Galápagos.

—Creí que el coronel Corripio iría con ellos —musitó la espía.

—Pues ya ve que no. ¿Importa eso?

—No… No importa, supongo. ¿Ha venido usted en coche?

—Claro. Estoy dispuesto a llevarla inmediatamente a Cala Galápagos, si así lo desea. Hasta tenemos tiempo de pasar por su hotel, si tiene algo importante que recoger allí… ¿O prefiere quedarse en la fiesta?

Nora Tisdale volvió la cabeza hacia la terraza. ¿Quedarse en la fiesta? La sugerencia no era tan descabellada como parecía suponer el desconocido mensajero, sobre todo si hacía caso de sus presentimientos. Intuía que prácticamente la solución a todo aquel

tinglado estaba allí, en la recepción de Luciano Cerro. Quedarse significaba una gran posibilidad de enterarse de todo, de llegar al fondo de la trampa. Pero… ¿valía la pena? ¿Valía la pena, cuando, en definitiva, doce agentes de la CIA estaban a muy poca distancia de su libertad?

—No tengo nada que hacer en esta fiesta —musitó—. Nos vamos de aquí inmediatamente. ¿Dónde tiene el coche?

—Fuera de la villa, es claro.

—Pues salgamos.

Se alejaron de la terraza, sin que Nora hiciese el menor caso a las posibles miradas que pudieran dirigirle. La jugada estaba en plena marcha, con todos sus peligros y mentiras, pero ella sólo tenía un objetivo que merecía la pena ser tenido en cuenta, y pensó en él una vez más: sacar de Tomocán a doce de sus compañeros.

Recorrieron rápidamente el jardín, pasando cerca del gran número de autos estacionados allí. De pasada, señaló a uno de ellos, que se veía oscuro, pero que ella sabía era el de Abel Corripio. O así lo comprendió, por su matrícula del Ejército.

—¿Es el coche del coronel?

—Claro. Coche oficial de Prisiones. El coronel Corripio es un hombre muy formalista. Habrá observado que es el único que no lleva esta noche uniforme de gala.

—Lo he observado —musitó la espía.

Por fin, salieron de la villa, y el hombre la condujo hasta donde tenía el coche, escondido a la sombra de unos árboles, a unos doscientos metros. Subieron los dos y partieron inmediatamente.

—¿Tenemos que pasar por su hotel o no? —preguntó él.

—Sí. Tengo dos maletas y un maletín. Las maletas no me importan gran cosa, pero me disgusta perder mi maletín… ¿Cómo se llama usted?

—Martín Rivera. ¿Tiene importancia mi nombre?

—Ninguna. Y si no tiene deseos de hablar, yo tampoco.

Ya no hablaron más. Poco después llegaban a la avenida marítima donde estaba el hotel Andino. Martín Rivera se acercó al hotel, pero, cuando parecía a punto de acercarse a la acera para detenerse, cambió bruscamente de intención y siguió adelante.

—¿Qué ocurre? —se alertó la espía.

—Hay dos hombres del contraespionaje rondando el hotel —dijo

entre dientes Rivera.

—¿Qué significa eso, según usted? ¿Que están sospechando algo de mí?

—Con toda seguridad. El coronel Corripio me advirtió de esta posibilidad. Quizá a estas horas saben que sus amigos han salido de la prisión, y, aunque todo se ha hecho bajo un aspecto legal de traslado a un lugar secreto, puede haber ocurrido algo… No me sorprendería que más agentes del contraespionaje estén ahora en la villa de Luciano Cerro, buscándola para vigilarla de cerca en todo momento. Cabe en lo posible, por otra parte, que algo haya salido mal en cierto modo… Y no olvide que usted estuvo ayer en la prisión, y que, forzosamente, su entrada con pase azul tuvo que ser registrada.

—Entiendo… ¿Deberé quedarme sin mi maletín?

—Puede apearse e intentar recogerlo, si quiere. Pero en estas circunstancias, mis órdenes son no esperarla. En cuanto a las consecuencias, son exclusivamente cuenta suya, suceda lo que suceda. No quiero alarmarla ni presionarla, pero opino que debería elegir entre su maletín y su libertad. Si entra en el hotel, yo no respondo de nada.

—De acuerdo. No es el primer maletín que pierdo…, y siempre me proporcionan uno mejor, más moderno. Vamos a Cala Galápagos.

Capítulo VIII

Rivera detuvo el coche cerca del pequeño acantilado que formaba Cala Galápagos, apagó todas las luces, y los dos se apearon, emprendiendo rápidamente el descenso hacia la playa por el empinado camino bordeado de matas. Como en las noches anteriores, no había nadie allí. Era un lugar demasiado agreste y lo bastante alejado de la ciudad para no tentar a nadie a medianoche…, a menos que se tuvieran muy buenos motivos.

Cuando llegaron a la arena, Rivera señaló precisamente hacia las rocas entre las cuales había estado Nora Tisdale la noche anterior, cuando recibió la visita de Abel Corripio. Fueron los dos hacia allí, y, en cuanto se asomó por entre las rocas, la espía quedó inmóvil, al ver ante ella el cañón de un fusil, brillando a la luz de la Luna. Apareció un segundo soldado, que también la apuntó. Por detrás de ellos, llegó un oficial, pistola en mano. Y, finalmente, sentados en la arena, con brillantes esposas en sus muñecas, la espía vio a los doce agentes de la CIA, que la miraron en silencio. Estaban agrupados, ocupando el menor sitio posible. Evidentemente, hasta aquel momento habían estado bajo la vigilancia de los dos soldados y el joven oficial, lo cual resultaba no poco sorprendente. Aunque los doce espías estuvieran esposados, sus posibilidades contra solamente tres enemigos eran muchas. Y así parecía opinar el joven oficial, pues Nora notó que no las tenía todas consigo.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó con voz aguda, crispada.

Nora se aprestó a responder, pero Martín Rivera no le dio tiempo. Tomó de un brazo al joven oficial y lo apartó de allí. Durante poco más de un minuto estuvieron cuchicheando. Por fin, para mayor asombro de la espía, el oficial se acercó, encarándose con los dos soldados.

—Está bien: podéis marcharos —dijo—. Regresad al coche celular y volved a la prisión.

—¿Marcharnos? Pero, mi teniente, usted…

—¿Acaso van a discutir las órdenes? —Se tensó aún más la voz del teniente.

—No… No, mi teniente…

—¡Pues vuelvan al coche celular y márchense todos de regreso a la prisión! ¡Eso es todo!

Los dos guardias militares saludaron y se alejaron hacia el fondo de la cala. Poco después, se les veía con toda claridad, ascendiendo por el incómodo pero no difícil camino. Por fin, desaparecieron. Sólo entonces se acercó Nora Tisdale a los doce agentes de la CIA Se acuclilló-ante ellos y miró sus manos esposadas. No sólo estaban esposados individualmente, sino entre sí, de modo que formaban una cuerda de presos; adonde fuera uno de ellos tendrían que ir los demás. No podrían separarse. Los espías la miraban fijamente, pero ninguno hizo el menor comentario. Posiblemente estaban empezando a considerar lo fáciles que se les estaban poniendo las cosas para escapar.

—No intenten nada —musitó Nora, adivinando sus pensamientos—. Todo saldrá bien. Nos vamos hacia Perú.

—¿Qué está usted hablando? —Casi gritó el joven oficial—. ¡Apártese de esos hombres! ¡Nadie deberá moverse hasta que llegue el coronel! ¡Vamos, apártese!

La amenazó con la pistola, y Nora Tisdale obedeció. Se daba cuenta de que algo no era normal allí, de que las cosas estaban funcionando fuera de su control, pero no era el momento de hacer nada. No había ninguna lancha a la vista, y sus doce compañeros, esposados de aquel modo, no podrían escapar fácilmente si las cosas se complicaban por un malentendido o un gesto precipitado, desafortunado. Se apoyó en una de las rocas y miró a Martín Rivera, que se había colocado detrás del teniente… No sólo vio el brillo acerado en la mano de Rivera, sino que oyó el chasquido del muelle de la navaja. Su primer impulso fue intervenir, de un modo u otro, pero, al tiempo que pensaba que no tenía por qué hacerlo, las cosas sucedieron demasiado de prisa.

Martín Rivera sujetó al teniente por el cuello de la guerrera con la mano izquierda, y, con la derecha, lanzó el navajazo, de lleno en los riñones del muchacho. Éste lanzó un alarido entrecortado, se crispó, soltó la pistola y quedó con las manos temblando a la altura

de su pecho, horriblemente estremecido por la brutal cuchillada. Martín Rivera retiró la mano derecha, pero volvió a adelantarla en seguida, con seco gesto. De nuevo se oyó el blando chasquido del acero hundiéndose en la carne, y las piernas del teniente se doblaron… Aún estaba cayendo de rodillas cuando Rivera le propinó la tercera cuchillada, siempre en los riñones, destrozándolos.

No hizo falta una cuarta cuchillada. Cuando Rivera dejó al joven oficial, éste cayó hacia delante, y quedó con la cara hundida en la arena. Sus piernas se estremecieron todavía un poco, de modo escalofriante.

Martín Rivera se inclinó y limpió su navaja en el uniforme del joven oficial. Nadie hizo el menor comentario. Fue como si nada hubiese sucedido, y eso resultó aún más escalofriante. Pero el espionaje había enseñado mucho a aquellas catorce personas. Si algo sentían, sólo ellos podían y debían saberlo.

Después de limpiar la navaja, Rivera la guardó. Asió por los pies al teniente y lo ocultó entre las rocas. Luego, aprovechando la luz lunar, miró su reloj. Fue a sentarse en una roca, y todos comprendieron que tendrían que esperar.

Pero no esperaron mucho. Apenas cinco minutos más tarde, vieron al hombre que iniciaba el descenso por el camino. Nora Tisdale lo reconoció inmediatamente: la noche anterior también lo había visto así, mientras ella estaba en el agua, nadando alegremente: Abel Corripio.

Éste llegó en menos de dos minutos ante el grupo. Vio al oficial tendido de bruces entre las rocas, aprobó con la cabeza y se volvió hacia Nora Tisdale.

—He avisado a la lancha desde mi coche —dijo—. Es muy grande, capaz para todos ustedes. Disponen de combustible para seiscientos kilómetros. ¿Es suficiente?

—Sobrará —musitó la rubia espía.

—Bien. El teniente tiene la llave de todas esas esposas, que son gemelas. Será mejor que empiece a soltar a sus amigos. Tendrán que ir a nado hasta la lancha. Lamento no poder hacerlo de otra forma.

—A todos nos irá bien un baño.

Nora quitó de un bolsillo del cadáver la llave de las esposas, y procedió a soltar a los doce espías, que, una vez sueltos,

permanecieron sentados, tal como estaban. Todo estaba resultando bien, como una maniobra magníficamente ensayada. Cada cual sabía muy bien lo que tenía que hacer, y no se salían lo más mínimo de su actuación. Sólo se oía el rumor del mar, constante, amable y monótono. Era una hermosa noche para recuperar la libertad. Por fin, todas las esposas quedaron sobre la arena.

Y apenas un minuto más tarde comenzaron a oír el motor de una lancha, la cual apareció por la punta norte de la cala. Llegó al centro de ésta, se detuvo, y un pequeño bote de formas redondeadas fue bajado al agua. Se vieron perfectamente los dos hombres que, desde la gran lancha, saltaron al bote, el cual iba provisto de un pequeño motor fuera borda, pues en seguida, con veloz petardeo, se alejó de allí, desapareciendo por el lugar por donde había aparecido la gran lancha.

—Eso es todo —murmuró Abel Corripio—. Cuanto antes se alejen de aquí, mejor.

Nora Tisdale asintió con la cabeza. Tenía lista la pistolita para usarla en caso necesario, pero sabía ya que no iban a intentar nada contra ellos. Para matarlos a todos, tendrían que disparar muchas veces, y con mucho riesgo ahora, pues matar a trece espías a balazos, con simples pistolas, no les iba a resultar fácil, sino muy arriesgado. Un riesgo que, naturalmente, Abel Corripio no debía tener la menor intención de crear. Tampoco les iban a disparar cuando estuviesen en el agua, pues aún resultaba más absurdo, ya que la mayoría de ellos podrían escapar sumergiéndose y nadando bajo el agua hasta la lancha. Entonces, ¿dónde estaba el peligro? ¿Dónde estaba la trampa?

Mientras sus compañeros se iban lanzando al agua, Nora Tisdale se quedó mirando hacia la lancha. ¿Había allí más hombres todos ellos con metralletas, dispuestos a acribillarla a ella y a sus amigos cuando llegaran junto al casco? Esta última idea era mucho más razonable, y tenía tal cantidad de lógicas posibilidades que la espía se estremeció.

Se volvió para escrutar el rostro de Abel Corripio, con la esperanza de encontrar en él algún detalle revelador, un gesto, una mueca o una sonrisa de odio… Y justo en aquel momento, cuando ya todos los agentes de la CIA estaban en el agua, Corripio, que se hallaba a espaldas de Martín Rivera, sacaba su pistola, apuntaba a

la espalda de Rivera y apretaba el gatillo.

Martín Rivera lanzó un alarido y cayó de rodillas en el límite de la arena seca, curvando el torso, llevando las manos hacia donde había recibido el balazo… Pero el coronel Corripio volvió a disparar, por dos veces, y Rivera fue brutalmente hundido contra la suave orla blanca de las olas. Los disparos se habían oído como cañonazos en la cala, aunque era poco probable que hubieran llegado mucho más lejos. En el agua, los doce espías se habían vuelto, y esperaban la decisión de aquella mujer que, fuese como fuese, los había sacado de la prisión.

Pero aquella mujer, simplemente, tras comprender que aquello no era más que otra parte del plan de Abel Corripio y Gonzalo Bastida, se limitó a entrar también en el agua, desentendiéndose de Corripio. No hacía falta hablar, ni cambiar falsas cortesías o comentarios.

Abel Corripio quedó junto a la orilla. Cuando Nora volvía la espalda, alzó la pistola y disparó el resto de la carga, pero hacia el cielo. La espía se había vuelto como una centella al oír el primer disparo, pero luego sonrió duramente y siguió nadando, hasta reunirse con sus cercanos compañeros. Les hizo señas de que siguieran nadando mar adentro, pero, siempre con señas, los reunió en torno a ella cuando hubieron recorrido unos cincuenta metros.

—Voy a llegar sola a la lancha —explicó—. Si un minuto después de haber subido a bordo no me ven haciéndoles señas con ambos brazos, escapen por donde puedan y como puedan.

—¿Cree que pueda ser una trampa final? —jadeó uno de los espías.

—Todo es posible. Permanezcan aquí.

—Yo puedo encargarme de eso —se ofreció uno de los hombres —. Usted ya ha hecho demasiado, Baby.

—Yo no he hecho nada —refunfuñó la espía rubia—. Todo me lo han hecho los demás. Pero ahora es diferente. Ahora, yo mando aquí… Y mis órdenes son que se queden donde están, y muy alertas. Ayúdenme a quitarme esto… Se ha empapado, y pesa y demasiado. No, así no… A tirones: tengo muchos vestidos de noche.

Entre dos agentes le arrancaron el vestido, dejándola solamente en las dos prendas íntimas, de modo que pudo nadar con toda soltura, a un ritmo y velocidad sorprendentes; era como una estela

de plata sobre las negras aguas.

La vieron subir a la lancha. Y un minuto después, su silueta apareció de pie en la borda, agitando los brazos. Los agentes de la CIA continuaron su recorrido acuático, y poco después todos se hallaban a bordo, sin zapatos y sin pantalones, chorreando.

—No hay nadie a bordo —explicó la espía—. Uno de ustedes tiene que hacerse cargo de los mandos. Viajaremos hacia el Sur, costeando a un cuarto de milla. Hay una hermosa Luna, de modo que el piloto podrá ver bien la costa… Sin temor por otro lado: no hay arrecifes en este lado de la costa.

—Yo mismo me encargo de eso, Baby —se adelantó un espía.

—Muy bien. Y deje de llamarme Baby. No soy ella.

El hombre soltó una risita y se fue a la cabina de mandos. Los demás se quedaron rodeando a la espía, que fue mirando sus sonrientes rostros.

—¿Algo les hace gracia, caballeros? —preguntó.

—Oh, vamos… —rió otro agente—. No sabemos cómo ha hecho lo que ha hecho: pero lo ha hecho. Y lo que usted ha hecho, solamente lo puede hacer Baby. No sé si me explico, Baby.

—Se explica bien, pero soy Nora Tisdale, periodista, espía de menos categoría que Baby. Ella está en Manila en estos momentos, si no estoy mal informada.

—¡En Manila! —rió el hombre, coreado por los demás.

Parecía un chiste de lo más divertido, y todos rieron.

Incluso el que se había puesto a los mandos, justo cuando ponía de nuevo en marcha la lancha. La única que no rió fue Nora Tisdale, que parecía no participar del contento general.

—Caballeros, estamos en desigualdad de condiciones ustedes y yo, de modo que tengan la bondad de desnudarse completamente…, excepto los calzoncillos, por favor.

—Jamás olvidaré esta noche de *strep-tease* —rió otro de los espías.

La alegría era general, de modo que su carcajada fue acompañada por las de los otros agentes. En pocos segundos acabaron de desnudarse, a excepción de los calzoncillos. Las camisas, camisetas, calcetines y corbatas formaron un montón. La señorita Tisdale lo recogió todo, lo ató con una cuerda, ató al extremo libre de ésta un pequeño anclote y tiró todo el paquete por

la borda.

—Bien —sugirió un espía—: podríamos ir abajo, para estar un poco más calientes, ¿no?

—¿Tiene frío? —Lo miró vivamente Nora.

—Pues no, pero abajo se estará mejor, supongo.

—Supone mal. Todos permanecerán aquí, sentados y en silencio. Y si tienen frío, se aguantan.

Ella sí bajó al interior de la lancha. Cuando volvió a cubierta, llevaba dos palanquetas de hierro, curvadas, una manta y una gorra marinera, así como un rollo de cordel. Se sentó entre los intrigados espías, y en pocos minutos, con la manta confeccionó un paquete que asemejaba extraordinariamente el torso de un hombre, con cabeza incluida. Dentro del paquete, las dos pesadas palanquetas. Le puso la gorra al muñeco, sonrió por fin, y miró a sus compañeros.

—No me ha quedado mal, ¿verdad?

—Yo diría que está muy bien —comentó uno—. ¿Para qué queremos eso?

—Vaya a sustituir al piloto, y que él venga aquí.

—*Okay*.

El piloto se reunió con el grupo, y se quedó mirando expectante a Nora, tras una mirada al muñeco hecho con una manta.

—Usted también tiene que quedarse en calzoncillos —dijo Nora.

Sin rechistar, el hombre obedeció. Nora colocó la camisa, la camiseta y la corbata al muñeco, le volvió a poner la gorra y aprobó su propia labor con un movimiento de cabeza.

—¿Cuánta distancia calcula que hemos recorrido? —preguntó al que había estado a los mandos.

—Algo menos de dos millas.

—Entonces, ha llegado el momento. Vea si desde aquí se divisa, hacia el Sur, un gran grupo de rocas que se adentran en el mar.

—Sí… Así es.

Nora Tisdale se puso en pie y fue a la cabina de mandos.

—Salga —ordenó al agente de turno.

El hombre obedeció, entró ella, fijó los mandos y colocó al muñeco en el asiento. A piloto automático, la lancha prosiguió su marcha, en línea recta, cuando Nora Tisdale salió de la cabina de mandos. Señaló hacia el agua y volvió a sonreír.

—Caballeros, el baño está servido.

Hubo un cambio de desconcertadas miradas entre los espías.

—¿Tenemos que volver al agua? —murmuró uno.

—Sin remedio posible. Espero que después de esto lleguen a la conclusión de que nadar a la luz de la Luna es maravilloso. Bien: ¿qué están ustedes esperando? Hay que nadar un cuarto de milla, hasta la costa.

Fue la primera en subir a la borda y en saltar al agua. Los demás la siguieron, casi a la vez. Luego, trece espías en prendas menores emprendieron su marcha natatoria hacia la costa.

Y no habían recorrido ni siquiera la mitad del camino cuando todos se detuvieron, al hacerlo Nora Tisdale, la cual señaló hacia sus espaldas. Se volvieron todos, y vieron aparecer, a buena velocidad, otra lancha, procedente del grupo de grandes rocas que se adentraban en el mar. Llevaba encendidas todas las luces reglamentarias, y de pronto su gran foco largo se encendió, atrapando de lleno en un intenso círculo de luz la gran lancha donde habían estado poco antes los trece espías.

—¿Qué… qué es eso…? —jadeó uno de ellos.

Nadie contestó. Era imposible no entenderlo. La lancha recién aparecida se acercó más a la otra, y, de pronto, disparó el primer cañonazo. Todos volvieron la mirada hacia la más grande y lenta, y la vieron estremecerse en un rojo estallido, en la popa. La otra disparó su segundo cañonazo. Luego, varios más, seguidos… Y a cada impacto, la gran lancha era más y más despedazada…, hasta que, por fin, estalló violentamente, en un rojo surtidor de maderamen ardiendo, envuelta en una espesa nube de negro humo. Segundos después, los restos humeantes de la lancha desaparecían hacia el fondo del mar. No quedaría ni rastro, salvo algunos trozos de madera ennegrecida, que serían encontrados al día siguiente en cualquier playa.

—Caballeros —dijo con voz neutra Nora Tisdale—: hay que seguir nadando hacia la costa.

Cuatro o cinco minutos más tarde, todos llegaban a tierra firme. Para entonces, la lancha cañonera había desaparecido ya, hacia el Norte. Los espías se dejaron caer entre las altas rocas, jadeando, hasta que un par de minutos más tarde Nora Tisdale se llevó un dedito a la boca, graciosamente, y emitió un agudo silbido; luego,

dos más. Eso fue todo.

Ni siquiera un minuto más tarde, un hombre encorvado, de caminar torpón y pesado, apareció por entre las palmeras, alzó ambos brazos y los movió tres veces, cruzándolos. La espía sonrió y señaló hacia allí.

—No seamos descorteses, caballeros: nos están dando la bienvenida. ¿Vamos allá?

Se reunieron con el hombre, que tenía todo el aspecto de un viejo lobo de mar, de gesto avinagrado y modales bruscos.

—Vaya… —masculló ásperamente—. Ustedes se han librado de una buena, jóvenes. No se han andado con muchos miramientos los de la cañonera, ¿eh?

—¿Está todo preparado, Moncho? —sonrió Nora.

—Claro. Le diré algo, guapísima: no habría dado ni medio peso por la piel de ustedes. Qué demonios, usted es extraordinaria… Me revienta admitirlo, pero no tengo más remedio.

—Menos charla, y vamos a su inmunda choza, Moncho.

—Está bien.

La inmunda choza, que lo era de verdad, estaba a media milla de allí, más hacia el Sur y a muy poca distancia de una playa lisa y áspera, llena de matojos. Entraron todos, y el viejo Moncho encendió un quinqué.

—¿Prefieren comer o beber? —preguntó.

—Todo —rió uno de los agentes.

Moncho asintió con la cabeza. De un cajón podrido sacó media docena de botellas de whisky, que fue tirando a las manos de los asombrados agentes de la CIA; también les tiró chicle y cigarrillos. Luego, sacó una gran bolsa de lona de un rincón, se acercó con ella a la cocinilla del rincón y empezó a sacar paquetes de carne, botellas de leche, fruta, botellines de jugo de tomate… Mientras tanto, Nora Tisdale había alzado una vieja lona podrida que había en otro rincón, y empezó a sacar paquetes envueltos en plástico. Fue llamando uno a uno a los agentes, por sus nombres, y entregando una bolsa a cada uno. Cada vez más asombrados, los espías vieron que aquellas bolsas contenían ropa y calzado. Y, para definitivo asombro, aunque las ropas y el calzado estaban ligeramente usados, cada uno tenía la talla que le correspondía en todas sus prendas.

Comenzaron a murmurar excitadamente, pero Nora Tisdale alzó una manita.

—Silencio. Se supone que el viejo Moncho vive solo. Ahora, vuélvanse de espaldas a mí y pónganse esas ropas.

Sonrió, y un extraño escalofrío de alegría estremeció ligeramente a los espías. Se dedicaron a vestirse, rápidamente. Cuando terminaron y se volvieron, Nora Tisdale estaba ayudando a Moncho en la cocinilla, de la cual emanaba un formidable olor a carne asada. Además de ayudar a Moncho, ella se había vestido también, con unos pantalones negros, largos, y un sensacional jersey escotadísimo y elegantísimo, de color naranja, que hacía juego con sus zapatitos deportivos.

—Todo esto es fantástico —exclamó uno de los espías.

—¿No disponemos de armas? —preguntó otro.

Nora Tisdale le dirigió una mirada extraña.

—No. Eso no ha podido ser. Pero no vamos a necesitarlas.

—Nunca se sabe… ¿Cuándo saldremos de aquí?

—Cuando yo lo diga.

No dio más explicaciones, ni nadie las pidió. Dejó de ayudar a Moncho, para ocuparse en limpiar su pistolita, que había llevado encima en todo momento, metida en los pantaloncitos. La vieron secarla cuidadosamente, examinar las balas, y, tras fruncir el ceño, desdeñarlas: habían estado demasiado tiempo en el agua, y ya no servían.

Poco después, todos estaban comiendo, bajo la supervisión de Moncho, que continuó trabajando en la cocina, hasta que supo que ya nadie comería nada más. Los espías, relajados, se fueron tumbando por todas partes, fumando y chascando la lengua a cada trago de whisky, con el gesto de quien nunca lo ha pasado mejor en su vida.

Ya todo en calma, Nora Tisdale se llevó a Moncho a un rincón de la mugrienta choza, y estuvo conversando con él no menos de cinco minutos. Por fin, Moncho asintió con la cabeza, tomó su gorra y salió de la choza. Nora Tisdale se tumbó sobre la vieja lona podrida, cerró los ojos, y su boquita se entreabrió. Los espías se miraron unos a otros, y, por fin, uno de ellos exclamó:

—¡Que me maten si no se ha dormido apenas cerrar los ojos!

Capítulo IX

Sin embargo, cuando despertó el primero de ellos, la señorita Tisdale ya estaba en pie, fumando junto a la ventana frontal, mirando hacia el mar, con una dulce sonrisa en sus labios. Como si fuese una bruja adivinadora, volvió la cabeza hacia el agente, sonrió y señaló hacia la playa. El sol brillaba ya espléndidamente.

—Ahí las tenemos —comentó.

—¿A quiénes? —murmuró el espía.

—A las gaviotas. Cuando me retire de todo esto, me construiré una casa junto al mar, con palmeras, en un sitio donde siempre haya sol, y echaré de comer todos los días a las gaviotas, como una vieja amiga muy simpática.

—¿Qué amiga?

—*Madame la duchesse* de Montpelier. Es posible que ustedes la conozcan pronto.

Los demás espías fueron despertando rápidamente, al sonido de las voces.

—¿Qué hora debe ser? —preguntó uno de ellos, bostezando.

—Las siete y media de un hermoso día de sol —aseguró Nora, que no llevaba reloj, pero señalando hacia el sol—. ¿Huevos? ¿Café? ¿Tocino?

—Nosotros nos encargaremos de eso —saltó rápidamente otro.

—Me parece bien. No es bueno acostumbrarse a esta vida regalada. Siempre hay que tener una ocupación.

Esta fue la primera broma del día, y las sonrisas ensancharon los rostros de los espías. El desayuno fue preparado, y todos comieron con más que aceptable apetito. De pronto, uno de ellos alzó la cabeza vivamente, como sobresaltado.

—¡Hey! —exclamó—. ¿Os habéis dado cuenta? ¡Somos trece!

—Demonios… —mascülló otro—. ¡Mal número! ¡Lagarto, lagarto!

—No hay que ser supersticiosos —sonrió Nora—. Pero si alguien lo es, sólo tiene que coger un cuchillo y degollarse. Así, no le pasará nada malo por estar en un grupo de trece.

Fue la segunda broma, y todos rieron, divertidísimos.

Hacia las diez de la mañana, llegó Moncho, en una asquerosa y jadeante camioneta. Nora Tisdale abrió la puerta y lo esperó en el umbral, encabezando al expectante grupo. Todos se dieron cuenta de que llegaba muy excitado, y apenas detenerse ante Nora blandió el puñado de periódicos agitadamente.

—¡Usted tenía razón! —gritó—. ¡Por todos los mares del planeta, tenía razón…! ¡Lean, lean lo que ha sucedido durante esta noche en Baroa!

Algunas manos se tendieron hacia los periódicos, pero Nora se apresuró a recogerlos todos, entró en la choza y los tiró a un rincón. Encendió un cigarrillo, se sentó en un cajón y señaló a Moncho.

—Ahórrenos molestias, Moncho. Explíquenos a todos a la vez, lo más resumido posible, pero claramente, lo que ha pasado.

—Bien… El coronel Corripio dice que sospechaba de usted, porque había conseguido un pase azul y estuvo en la prisión, de modo que decidió vigilarla. Cuando usted se fue de la villa de Luciano Cerro, la siguió en su coche, pero, cuando llegó a Cala Galápagos, usted no estaba allí. Encontró, sin embargo, a un agente del contraespionaje tomocano, llamado Martín Rivera, en la orilla, gritándoles que se fueran, que llegaran a la lancha… Corripio disparó contra Rivera, y luego contra ustedes, que escapaban a nado hacia una lancha que les esperaba. Como era imposible detenerlos en aquel momento, regresó a su auto, y, por el radioteléfono de dotación, dio órdenes para que fuesen interceptados en su huida hacia el Sur, cosa que sucedió. La dotación de la cañonera ha declarado que ustedes iban armados, que no quisieron entregarse y que iniciaron la agresión, de modo que tuvieron que hundirlos…

—Punto número uno —musitó Nora—: la dotación de esa lancha está de parte de Abel Corripio decididamente. ¿Qué más? ¿Qué explicación se dio a la muerte del joven teniente en Cala Galápagos?

—Ha quedado demostrado que Martín Rivera lo acuchilló por la espalda. La teoría que todos han creído, y expuesta por Corripio, es que Martín Rivera y el teniente Solares eran cómplices, pero que,

una vez cumplido el trabajo del teniente, Rivera, que estaba vendido a la CIA, lo asesinó.

—Entendido. ¿Qué explicación se da al hecho de que Solares, ese pobrecito teniente, pudiera llevar a mis amigos hasta Cala Galápagos?

—El teniente Solares sacó a los doce presos diciendo que era orden de Corripio, que temía algo y quería trasladarlos a un lugar secreto, para tenerlos más seguros y poder interrogarlos convenientemente. Así, los doce presos, seis soldados de la guardia y el teniente Solares sacaron a los doce espías en un coche celular de prisiones y se los llevaron. Los seis soldados han declarado que Solares ordenó que cuatro de ellos volvieran al coche celular cuando los doce presos estuvieron en la playa, esperando, quedándose solamente con dos. Luego, al llegar Rivera y usted, los envió al coche y les ordenó que regresaran a la prisión. La conclusión final es que no existía tal orden de traslado por parte del coronel Corripio, y que Solares aprovechó su ausencia de la prisión para preparar esa fuga, en combinación con Rivera. Luego, Rivera, para que no pudiera delatarlo en el futuro, lo asesinó. Y a su vez, Rivera fue muerto por Corripio, el cual los vio a todos ustedes nadando hacia la lancha, y, como he dicho antes, avisó por radioteléfono a…

—Punto número dos —interrumpió Nora—: Corripio dio, efectivamente, esa orden de traslado al joven teniente Solares. Ordeno a Rivera que lo asesinase, y luego, él, para que el silencio fuese completo respecto a su posible intervención en aquella fuga asombrosa, mató a Martín Rivera. ¡Buen trabajo el del coronel Corripio! ¿Qué más, Moncho?

—El presidente del país, don Orlando Carabias, y su consejero político, don Luciano Cerro, están encarcelados, en la prisión. Han sido detenidos.

—Francamente, no me sorprende demasiado. ¿Con qué cargos?

—Traición a la patria.

—Vaya… ¿Cómo han organizado esta parte del juego los amigos Corripio y Bastida?

Después que ustedes escaparon y Corripio dio órdenes por el radioteléfono de su coche oficial, regresó a Baroa. Fue al hotel Andino y, con varios agentes del contraespionaje, a los que citó allí

también por el radioteléfono, subieron a su cámara, la diecisiete. Fue registrada a conciencia y examinadas todas sus pertenencias…

—Punto número tres: por eso, Martín Rivera me dijo que había dos agentes del contraespionaje vigilando mi hotel: para que no subiese a buscar mis cosas y las dejase allí, a disposición de Corripio y del servicio de contraespionaje tocomano… ¿Encontraron algo interesante?

—Un *microfilm*. En él, se especifica claramente que nuestro presidente, don Orlando Carabias, en combinación con su consejero político, Luciano Cerro, pone a la CIA al corriente de los tratados existentes entre Rusia y Tomocán, y se ofrece incondicionalmente a cambiar de actitud política, rechazando las tendencias comunistas que hasta ahora venía observando, a cambio de veinticinco millones de dólares yanquis, que el Gobierno USA, tendría que depositar a su satisfacción, en un Banco suizo. Parece ser que en ese *microfilm* hay abundantísimos y completísimos detalles de la asquerosa traición del presidente y su consejero político para con Rusia y nuestro propio país, que, prácticamente, está dispuesto a vender a Estados Unidos.

—¿Cómo han podido probar la verdad de esa actitud de su presidente, Moncho?

—Al ser revelado el *microfilm* y ampliadas las fotografías, las páginas en las que habían sido explicadas todas estas informaciones y ofertas del presidente a Estados Unidos y la CIA fueron reveladoras. Estaban escritas a máquina. Y la máquina donde esas hojas fueron escritas está en el despacho oficial de Luciano Cerro.

—Punto número cuatro: alguien que tiene acceso a ese despacho oficial del simpático Luciano Cerro escribió esas páginas. Alguien que, además, está al corriente de muchas cosas sobre la política de Tomocán. ¿Se le ocurre quién puede ser?

—No…

—A mí, sí: don Marcelino Preciado, la eminencia gris de Tomocán. ¿Le parece absurdo?

Moncho miraba a la espía con expresión atónita, desorbitados los ojos… Por fin, movió negativamente la cabeza.

—No… no me… me parece absurdo… Desde las cinco de la madrugada, don Marcelino Preciado está… ocupando el puesto del presidente de la nación…

—La gran jugada. Y debemos admitir que Corripio, Bastida y Preciado la han realizado perfectamente. Ahora, Marcelino Preciado será presidente, y no cabe duda de que Abel Corripio conseguirá un altísimo cargo, y Gonzalo Bastida tendrá una serie incalculable de beneficios económicos…, mientras que el insignificante y modesto Marcelino Preciado consigue su sueño dorado: dirigir el país. Es una jugada maestra. Pero tiene que haber algo más, Moncho.

—No sé para qué demonios me pregunta nada, si usted ya lo sabe todo…

—Solamente lo estoy adivinando. Es fácil, habiendo tomado parte en el juego como peón. ¿Dicen que yo, Nora Tisdale, espía yanqui, era la intermediaria entre la CIA y Luciano Cerro?

—Por todos los demonios… ¡Si, eso dicen!

—Es claro… Y para que nadie se extrañase de que nos viésemos, ideamos lo del accidente de coche en el «Continental Club». Se trataba de conocernos, de simpatizar, y que Luciano Cerro me invitase a su recepción… Pero como se despertó una gran… simpatía entre el inocente señor Bastida y yo, aún fue mejor, pues así fue Bastida quien me llevó a la recepción, y las relaciones entre Luciano Cerro y yo no eran tan evidentes. Pero dígame: ¿por qué dicen que yo fui a la recepción, con el pobre Gonzalo Bastida, al cual estaba utilizando para los planes de Luciano y míos?

—Para pagarle, de momento, el precio de la fuga de los doce agentes de la CIA Al comprender que era la máquina de escribir del despacho oficial de Cerro la que había escrito todo aquello, fueron a buscarlo. Cerro negó haber tenido como cómplice al teniente Solares, lo negó todo. Pero Corripio exigió una investigación a fondo en sus propiedades… Finalmente, se encontró en su caja fuerte, además de otros papeles con más información y más pruebas acusadoras contra nuestro presidente, un cheque contra un Banco suizo, en cuenta clave, por valor de dos millones y medio de dólares…

—¡Fantástico! —exclamó Nora—. Punto número cinco: mientras discurre la fiesta, un cómplice de Corripio vestido de etiqueta llega hasta el despacho privado de Luciano Cerro, abre la caja fuerte de éste, pone en ella los papeles y mi cheque, la cierra y vuelve al salón. Allá, le hace señas de que todo está hecho. Bastida se lo indica así a Corripio, éste sale al jardín, llama a Martín Rivera, que

está por allí, y le dice que todo va bien, y éste me sugiere salir al jardín, para que vea a Martín Rivera. Yo caigo en la trampa, me voy con éste, y todo el mecanismo se pone en marcha a partir del momento en que el coronel Corripio sale detrás de mí, dispuesto a vigilarme… ¡Formidable! Han sido eliminados Martín Rivera y el teniente Solares, se acusa a Luciano Cerro y a Orlando Carabias de facilitar la fuga a los doce agentes de la CIA, de traición total a la patria primero por dos millones y medio de dólares, y luego por veinticinco millones, y de este modo se consigue lo siguiente: Rusia se molesta con Estados Unidos; los dos supuestos traidores son quitados de la circulación; Marcelino Preciado ocupa la presidencia de la nación; Abel Corripio será inmediatamente promovido a muy alto cargo; Gonzalo Bastida seguirá ganando más dinero que nunca, y, no me cabe duda, entre él y Corripio dirigirán el país, conjuntamente con Marcelino Preciado. Mientras tanto, «afortunadamente», las cosas han salido mal para la CIA y Estados Unidos, al tener que huir yo sin poder llevarme el *microfilm*, y luego al ser muertos todos en el mar… ¿No es magnífico, caballeros?

Nadie contestó. Podía ser, efectivamente, un plan magnífico, pero a nadie le hacía gracia haber sido utilizado como carne de cañón: habían sido sacados de la prisión sólo para cañonearlos luego, en una lancha indefensa.

—¿Ha sido una cochinada o no? —masculló uno de los espías—. Nos han utilizado a los doce como una prueba más en contra de Carabias y de Cerro. Y todo lo que querían luego era asesinarnos.

—¿Desde cuándo el espionaje no es una cochinada? —rió Nora —. Siempre lo ha sido, y siempre lo será. Pero, querido mío, hay que admirar a las personas que saben hacer las cosas. Por duro que nos resulte, hemos de admirar a esos tres sinvergüenzas. No han conseguido el poder, el control del país, con guerras o violencias, sino con astucia, a costa nuestra y de dos inocentes. ¡Deben ser los héroes del país, en estos momentos! Vamos, vamos, caballeros: ¡admitan que su jugada ha sido genial!

—Está bien… Pero a nosotros ya no nos importa eso. Todo sigue igual, con respecto a la actitud procomunista del país. Y como nosotros ya estamos muy vistos, lo mejor que podemos hacer es marchamos de Tomocán cuanto antes… ¿O no?

—No —sonrió Nora—. Todavía no. Hay una cosa que debe

quedar bien clara en todo este asunto, compañero.

—¿Qué cosa?

—Que de mí no se burla nadie, y, menos, aún, me utiliza para sus planes.

—Bien… ¿Qué piensa hacer? Lo sensato…

—Sé lo que es sensato y lo que no lo es. Ustedes se quedarán aquí, sin salir en todo el día. Aquí nunca viene nadie, salvo algún amigo de Moncho, y eso, muy de tarde en tarde. Si eso sucede, sólo tienen que permanecer en silencio, y el visitante se irá. Yo volveré en cuanto pueda, y nos iremos por fin a casa.

—Pero…

—Eso es todo.

Alzó una vez más la vieja lona, sonriendo extrañamente, y sacó un bulto envuelto también en plástico.

—Dicen que espía prevenido vale por dos —sonrió secamente—. Pero no es cierto: vale por cien. Cuando esto termine, caballeros, espero que ustedes hayan aprendido lo suficiente para poder ser útiles nuevamente a la CIA, en otro lugar del mundo. Confío en ello. Vámonos ya, Moncho.

Capítulo X

—¿Quién? —se sorprendió Abel Corripio, alzando mucho las cejas.

Su ayudante carraspeó, un poco turbado.

—Annette Simonet, mi coronel. Dice que es la duquesa de Montpelier, o algo así.

—No la conozco. Y estoy muy ocupado… ¿Qué es lo que quiere esa dama?

—Es una anciana, mi coronel. Sólo quiere decírselo a usted. Dice que es de la mayor importancia.

—Bien… Lo lamento, pero no puedo recibirla ahora. Dígaselo así y preséntele mis excusas. Aclárele que ahora estoy en una reunión muy importante, y que…

—Ella sabe eso, mi coronel. Dice… dice que…

—¡Está bien! ¿Qué es lo que dice?

—Ella dice que usted tiene que recibirla, o ella entrará aquí de todos modos, que está… dispuesta a todo.

Abel Corripio parpadeó. Dirigió una mirada indecisa al grupo de personas que estaban sentadas, distribuidas por su despacho y que escuchaban en silencio las exigencias de la anciana dama, expuestas por el ayudante de Corripio. Evidentemente, éste era el centro de toda la operación, el personaje central y fabuloso en todo aquel asunto. Sobre su mesa se veía un *microfilm*, hojas mecanografiadas, el cheque por dos millones y medio de dólares, el maletín rojo con florecillas azules, abierto, mostrando algunos de los trucos… A un lado, las maletas de la señorita Tisdale, también abiertas, colocadas sobre dos sillas…

—Imposible —musitó al fin—. Dígale que se marche.

—Recíbala de una vez —refunfuñó uno de los doce presentes—. Escúchela un par de minutos, y que se vaya. Es todo lo que va a concederle, por muy duquesa que sea.

—Está bien… Dígale que pase.

El ayudante salió del despacho. Poco después volvió a aparecer, manteniendo abierta la puerta. Por ésta apareció una encantadora dama, que hizo sonreír a más de uno de los ceñudos caballeros. Ligeramente encorvada, pero altiva; blancos cabellos, negras ropas, rostro simpáticamente arrugado, ojos verdes de cansada mirada… Llevaba un bastón con puño de plata, en el cual se apoyaba como si fuese poco menos que un cetro real. Verla y comprender que no era una dama corriente era todo lo mismo.

—¡Ah, coronel…! —Alzó amenazadoramente su bastón—. ¡Usted no es precisamente una persona cortés! ¡Ni estos caballeros tampoco! ¿No han aprendido a ponerse en pie cuando entra una dama?

Se pusieron todos en pie a la vez, sobresaltados. La verdad era que habían quedado tan agradablemente impresionados que se habían distraído.

—Perdón, señora —murmuró Corripio—. Como usted ve…

—Duquesa —corrigió ella—. Debe llamarme duquesa, joven ineducado.

Abel Corripio enrojeció intensamente.

—Discúlpeme… Como ve usted, duquesa, estoy muy ocupado, de modo que le agradeceré que sea breve. ¿En qué puedo servirla? Si es un asunto privado deberá dispensarme, porque, como comprenderá, no voy a despedir a estos caballeros…

—Coronel Corripio, son las seis de la tarde, y he estado esperando precisamente que usted se reuniese con alguien para venir a verlo. Estoy diciéndole claramente que la presencia de estos caballeros no sólo no me molesta, sino que me conviene.

—Bien… Pues usted dirá, duquesa…

—Me sentaré, si no les importa.

Utilizando el bastón, con gesto asaz impertinente, empujó una silla hasta colocarla junto al sillón de Corripio, tras la mesa de éste, que aceptó la situación con infinita paciencia. La duquesa de Montpelier se sentó, y todos los caballeros hicieron lo mismo, excepto uno, que, sonriendo, tuvo que procurarse otro asiento.

—Se levanta la sesión —dijo alegremente la dama, que se había sentado de tal modo que dominaba todo el despacho—. Este es un juicio preliminar de alta traición contra la patria. Los acusados son tres: Gonzalo Bastida, Abel Corripio y Marcelino Preciado.

Sugiero…

Abel Corripio se puso en pie de un salto, congestionado el rostro. Abrió impetuosamente la boca, pero en la mano de la anciana, sorprendentemente firme, apareció una pistolita, que apuntó a la cabeza de Corripio.

—Siéntese, coronel —pidió amablemente—: no me obligue a meterle una balita en una pierna.

—¡Usted está lo…!

Plof.

Abel Corripio lanzó un aullido, se llevó ambas manos a la pierna derecha y cayó sentado en su sillón, gimiendo de dolor. Hubo un movimiento general, pero muy breve, porque la dama volvió la pistolita hacia los demás personajes.

—Silencio, por favor. Estoy segura de que todos ustedes estarán de mi parte cuando lo hayan oído todo. Iba a hacerles una sugerencia, y consiste en que, puesto que el coronel Corripio no querrá confesar, podemos escuchar el relato de los hechos completos gracias o un pequeño prodigio de la técnica. ¿Cuento con su aquiescencia, caballeros? ¿Sí? Gracias.

Nadie se había movido, nadie había dicho nada. Bajo las miradas atentas y un tanto duras de los presentes, la anciana dama sacó un pequeño magnetófono a pilas, lo colocó sobre la mesa y lo puso en marcha…, para lo cual tuvo que dejar un instante la pistolita sobre la mesa, en una esquina. Y pese a su pierna herida, Corripio saltó hacia el arma, crispadas las manos, barbotando furiosamente frases poco elegantes…

La anciana dama lo recibió con un tremendo codazo en pleno estómago, que lo sentó de nuevo. Y al mismo tiempo que tomaba la pistolita de nuevo con la mano izquierda, con la derecha alzó el bastón, en cuyo extremo apareció un delgado estilete, de quince o dieciséis pulgadas de longitud, cuya punta se apoyó en la garganta de Corripio, con una firmeza y seguridad absolutas.

—Muévase una sola vez más, coronel de mis amores, y lo clavo a su sillón. Ya fui generosa con usted en Cala Galápagos… No abuse de su suerte.

El lívido rostro de Abel Corripio se desencajó al oír aquellas palabras; sus ojos se desorbitaron, quedando fijos en los de la anciana, que dominaba la situación por partida doble. Mientras

tanto, del magnetófono había comenzado a brotar una voz ligera, alegre, juvenil, de inflexiones dulces y simpáticas.

«—A todos los reunidos: mi nombre no importa, mis motivos tampoco, y como ya habrán comprendido, mi aspecto de dulce ancianita es un disfraz que espero merezca su aprobación, por lo bien conseguido. Cuando esta explicación termine, no se podrá decir que haya prestado un gran servicio a la CIA, de la cual formo parte, ya que, evidentemente, Tomocán seguirá siendo procomunista. Pero está claro que esto no implica forzosamente una enemistad entre ustedes y yo, o entre ustedes y mi país. Con toda franqueza les diré que, si pudiera, alejaría las tendencias comunistas de Tomocán, pero esto no voy a poder conseguirlo, así que, cuando menos, haré dos cosas. Una: dejar bien sentado que de mí no se ríe nadie, por muy coronel jefe de prisiones que sea. Dos: espero ganarme, al menos, la simpatía personal del presidente don Orlando Carabias y de su consejero político, el joven, apuesto y muy amable Luciano Cerro. Esta simpatía personal, como comprenderán, puede, cualquier día en que las cosas se compliquen, ser muy beneficiosa para mí y, en suma, para una paz duradera, sean cuales sean nuestras respectivas tendencias políticas… También espero ganarme la simpatía personal de todos los presentes. Comunistas o demócratas, me gustan las personas que, en definitiva, cumplen con lo que creen conveniente y honrado.

»Pero pasemos a la explicación prometida. La empezaré diciendo que el presidente Carabias y su consejero político han sido objeto de la trampa más laboriosa y perfecta que he conocido en mucho tiempo. Puedo asegurarles que ellos no son traidores a su patria, y que…».

La agradable voz se oyó en el despacho todavía durante ocho minutos más. Cuando terminó, los presentes se habían recuperado va de su palidez y todas las miradas estaban fijas en Abel Corripio, que era el único que continuaba pálido. La cinta fue pasando, lentamente, ya sin nada grabado, en medio de un tenso silencio, hasta que la duquesa, con la punta de su pistolita, apretó la tecla de parada.

—Mentira… —jadeó por fin roncamente Corripio—. ¡Es una sucia mentira! ¡Todo esto no es…!

Lanzó un alarido y calló seguidamente, cuando la punta del estilete se hundió un poco en su garganta. Quedó mudo, mientras un fino hililllo de sangre resbalaba hacia su pecho.

—Él o yo estamos mintiendo… —musitó la dama—. Hay un modo de saberlo con seguridad, caballeros: vayan a buscar a Bastida y a Marcelino Preciado, deténganlos, háganles estas acusaciones y aseguren que Corripio lo ha confesado todo, descubierto su juego por los agentes de la MVD rusa que, naturalmente, no han perdido de vista sus pasos. Si es posible, que vaya con los soldados uno de los rusos que hay aquí. ¿O no hay ninguno?

Un hombre se puso en pie, sonriendo con expresión simpática.

—A su servicio, *madame*.

—Gracias —replicó ella en ruso—. Supongo que no precisa usted de grandes instrucciones, estimado colega.

—¡No las preciso! —rió el agente soviético—. Si todo esto es verdad, usted nos habrá dado una gran lección de espionaje. Evidentemente, quedaría demostrado que mis compañeros y yo habíamos estado… excesivamente relajados.

—Ya se sabe que la vida cómoda acaba con la inteligencia.

El ruso volvió a reír. Se volvió hacia uno de los hombres que permanecían sentados.

—Sería conveniente que usted viniera también, señor ministro de la Guerra. No sólo dirigirá la operación de los soldados, sino que impresionará mucho a Bastida y a don Marcelino.

—Con gusto —se levantó un hombre de edad madura.

Salieron los dos del despacho.

* * *

Regresaron casi dos horas más tarde, cuando ya estaba oscureciendo. Afuera se oyeron las voces de los soldados, el fuerte pisar de sus botas… Cuando se abrió la puerta del despacho, Marcelino Preciado y Gonzalo Bastida fueron empujados dentro. Entraron el ruso y el ministro de la Guerra, y luego varios soldados, que apuntaron también hacia Abel Corripio. No hubo necesidad de explicaciones ni aclaraciones.

La duquesa, que estaba sentada cerca de Corripio, pero ya sin mantenerlo a raya con el estilete, sino fumando tranquilamente, se puso en pie.

—Entiendo, caballeros, que mi trabajo ha terminado. Espero de la amabilidad soviética que me permitan marcharme en paz. ¿Puedo?

El agente ruso sonrió amistosamente.

—No sólo puede marcharse en paz, sino que la llevaré adonde quiera en mi auto, *madame*.

—¿De veras lo haría? Es muy de agradecer, colega, porque a las nueve y media en punto tengo que estar en un sitio bastante alejado de aquí.

—Podemos partir cuando guste.

—Espléndido. Bien, caballeros, ha sido un gran placer conocerles. Y no me negarán que nuestra charla ha sido amena e importante. Sean tan amables de despedirme de su presidente y del señor Cerro.

—Pero… ¿se va usted así, sin verlo, sin que él la conozca y le dé las gracias o…?

—Señor Manzano —cortó la dama—: todos estamos contentos de lo sucedido, excepto estos tres cerditos. Quedémonos así, sin profundizar. Yo no necesito agradecimiento de nadie.

—Pero usted misma dijo antes que le satisfaría la amistad personal de Orlando Carabias.

—Así es. Pero mientras no sea necesario, no hay por qué pedir nada. Si algún día preciso algo de su presidente, sabré presentarme a él. Adiós a todos.

—¿Quién demonios es usted? —masculló de pronto Preciado.

La dama se lo quedó mirando fijamente. De pronto, sonrió, y se acercó a él.

—Favor por favor, don Marcelino. Yo le digo mi secreto al oído, y usted contestará a una sola pregunta mía. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Usted deberá contestar primero. Escuche mi pregunta… —La dama se inclinó hacia el oído de Preciado y murmuró unas palabras —. ¿La ha entendido bien?

—Sí. La respuesta es Terence Mathews.

—Gracias. Me ha ahorrado usted mucho trabajo. En realidad, lo

sospechaba, por pequeños detalles, pero, claro, con sospechas no se puede actuar. Y ahora cumpliré mi palabra. Vea quién soy, don Marcelino.

Se quitó la peluca y rápidamente hizo lo mismo con los afeites del rostro, borrando todas las arrugas, el tono ligeramente pálido, y arrancando también las cejas postizas, y todo lo que había estado ocultando el hermoso rostro juvenil, de grandes ojos verdes. Para entonces, el pasmo de los presentes era total, pero pronto reaccionaron.

—Nora Tisdale —jadeó Preciado, al fin.

—No es posible —murmuró Bastida; y se volvió hacia Corripio, furiosamente—. ¡Tú dijiste que ella y todos los de la CIA habían muerto! ¡Tú dijiste…!

—Por favor, no discutan ahora —cortó Nora Tisdale—. Tiempo tendrán, durante los treinta años que van a pasar juntos en la prisión, según me han dicho estos señores. Eso, si no los ejecutan. Oh… Espero que si alguna vez quiero visitarlos, alguien me proporcione un pase azul. Caballeros: a todos, muy buenas tardes.

El espectáculo de la «anciana» dama saliendo de las oficinas centrales de la Prisión Nacional de Tomocán fue en verdad interesante. Los soldados iban quedando boquiabiertos, viendo a aquella erguida jovencita con tales ropas y llevando una peluca blanca en una mano. Los que antes la habían visto entrar, altiva, pero encorvada por los años, casi dejaron caer su fusil al suelo. Por fin, ella y el agente ruso, que reía de buena gana, llegaron al auto. El ruso abrió la portezuela y Nora se sentó, agradeciendo la amabilidad con un gesto de cabeza. Cuando su colega se puso al volante, señaló con un dedo maquillado.

—Hacia el Sur, por favor.

—¿Hacia Cala Galápagos? —sonrió el soviético.

—Pues… sí. Por el momento, hacia allí.

—Muy bien.

Llegaron por fin allá, y, tras apartar el coche de la carretera a una indicación de Nora, el ruso lo detuvo, y se volvió en el asiento, con gesto cordial.

—¿No es peligroso este sitio para ustedes? —preguntó.

—¿Para nosotros? ¿A quiénes se refiere?

—A usted y sus doce amigos, evidentemente. ¿Piensa intentar de

nuevo la fuga por Cala Galápagos?

Nora Tisdale lanzó una exclamación.

—¿Cómo lo ha sospechado? —Casi gritó.

—Oh, vamos, vamos, colega… Resulta obvio que todavía están ustedes en territorio tocomano. Le diré más: todo este trabajo, todo este tinglado que usted ha estado sosteniendo, es altamente revelador para cualquier espía ruso. En el fondo, y muy sinceramente, todos la admiramos, Baby.

—No, no… Se confunde usted, señor… señor…

—Borianov… —rió el ruso—. Andrei Borianov. Espero que volveremos a vernos, Baby. Mientras tanto, a usted y a sus doce amigos que la están esperando en Cala Galápagos para escapar al fin, les deseo muy buena suerte.

—Bien… Es usted tan amable Andrei… Es lo que siempre he dicho: ser enemigos no significa que debamos odiarnos.

—¡Por supuesto que no! La ayudaré a sacar sus maletas y el maletín del portaequipajes. Me pareció que le gustaría recuperarlo.

—Andrei: usted es de la clase de espías que a mí me gustan. Cuando nos volvamos a ver, recuerde que, pese a todo, somos amigos. Yo así lo consideraré.

—Y yo también.

Salieron los dos del coche, y Andrei sacó primero el maletín, luego una maleta, se inclinó en busca de la otra…

¡Clock!

Su cabeza se llenó de luces de todos los colores, mientras parecía estallar en un doloroso estampido. Intentó incorporarse, pese al fuerte golpe, pero Nora Tisdale volvió a golpearle, con el puño de plata del bastón, y ya fue definitivo: el ruso quedó doblado sobre el coche, con el torso metido dentro del portaequipajes.

Nora Tisdale sacó la segunda maleta, la dejó junto al maletín y la otra maleta, y fue hacia el asiento delantero del coche. Se sentó frente al volante, alargó la manita y, debajo del salpicadero, sus finos deditos fueron tanteando, hasta encontrar aquel pequeño objeto metálico. Lo retiró y lo acercó a su boca, sonriendo.

—Señores —dijo en ruso—: nuestro buen amigo Andrei Borianov acaba de tener un pequeño accidente. Cuando lleguen a Cala Galápagos, les agradeceré que lo atiendan debidamente: es simpático. Pídanle que me perdone, pero, como comprenderán,

tengo que marcharme inmediatamente, con mis doce amigos, de Tomocán. No tenemos ganas de pelea en esta ocasión, y, además, calculo que son ustedes más que nosotros. Será en otra ocasión. Mis saludos al Directorio de la MVD Deben ustedes esta información a la gentileza de su colega Baby, agente secreto. *Dosvidaña!*

Salió del coche, tomó en una mano una maleta y el maletín, en otra mano la otra maleta y el bastón, y dirigió una mirada al ruso desvanecido.

—Adiós, colega… —sonrió—. Has hecho lo que has podido.

En lugar de regresar directamente a la carretera, siguió un buen trecho por entre las palmeras. Por fin, apareció en la carretera, cargada con las dos maletas. Al otro lado, algo más atrás, se oyó el jadeante arrancar de un motor, y el viejo cacharro de Moncho llegó en pocos segundos ante la espía, que abrió la portezuela y tiró dentro su equipaje, con toda calma, mirando atentamente hacia atrás, en dirección a Baroa. Pero, al parecer, los compañeros de Andrei Borianov habían hecho las cosas tan bien, siguiendo de lejos el auto de su compañero, que ya no llegarían a tiempo, por mucho que corriesen.

—¡Es muy tarde! —gritó Moncho—. ¿Qué malditos tifones está esperando? ¡Me dijeron por la radio que pasarían a recogerlos a las nueve y media, y son las nueve y veinte!

—Quítese de ahí —sonrió Nora Tisdale—. Yo conduciré. Y será mejor que se coloque el cinturón de seguridad.

Moncho comenzó a refunfuñar, asegurando que nadie podía ir a más velocidad que él con aquel trasto… Cinco segundos más tarde, estaba pálido, y se aferraba al bracillo de la portezuela, convencido de que, si no en un avión, su vieja camioneta se había convertido en un bólido de competición.

Capítulo XI

Nora Tisdale saltó del coche apenas detuvo éste ante la choza de Moncho, el cual permaneció todavía unos segundos en el asiento, recuperándose lentamente del espanto pasado.

—¡Fuera todos! —llamó ella—. ¡Hay que marcharse! ¡Vamos, vamos, de prisa!

Los agentes de la CIA salieron a toda prisa, mirando a todos lados, desconcertados.

—Pero ¿cómo vamos a…?

—Dos de ustedes que lleven mis maletas. ¡Hacia la playa!

Se dirigieron todos hacia allí, ya sin necesidad de preguntar, porque en el oscuro cielo salpicado de estrellas y plateado de Luna acababan de aparecer una luz roja y una verde y el sonido de los potentes motores llegaba claramente hasta ellos. Tan sólo medio minuto más tarde, a las nueve y media en punto, el gran hidroavión amaraba, tan cerca de la playa que pareció que fuese a quedar varado en ella. Los espías se metieron en el agua y llegaron al hidroavión antes de que el nivel les llegara a la cintura. Era un prodigio que el gran aparato tuviese allí suficiente poder de flotación.

En la playa, Nora Tisdale tendió su manita al viejo lobo de mar.

—Adiós, Moncho. Hasta otra.

—Adiós, jovencita… ¿Qué es esto?

Separó su mano de la de la espía, mostrando el papel que ella había puesto allí.

—Es sólo un cheque —explicó Nora—. Pero no de dos millones y medio de dólares.

—Oiga, la CIA ya me paga bastante bien, y… ¡Qué demonios, yo la he servido muy a gusto, desde que llegó hace cinco días, y me trajo todos esos paquetes, y sus disfraces, y…!

—Sé que me ha servido a gusto, Moncho. Por eso le doy el

cheque… y esto —lo besó en ambas mejillas. Sonriendo, se quedó luego mirándolo—. No me rechace nada, Moncho.

—Ni el diablo se atrevería a contradecirla —rió el viejo lobo de mar—. ¡Buena suerte, hermosísima!

Nora Tisdale dio la vuelta y echó a correr por la playa, saltando sobre las pequeñas olas. Desde el hidroavión, varias manos salieron, la tomaron por los brazos y la subieron a bordo como si fuese una pluma. Segundos después, el viejo Moncho saludaba con un brazo hacia el hidroavión, que iba tomando altura y emprendiendo la ruta del Sur, por encima del mar.

* * *

—En definitiva —comentó por fin uno de los agentes—: todo lo que usted ha hecho ha sido un favor a ese presidente procomunista, y a su consejero político.

—Así parece —murmuró Nora Tisdale—. Pero, además, los he sacado a ustedes de un «pequeño» apuro, ¿no le parece?

—Bueno… Realmente, así es. ¡Caramba, estaríamos pudriéndonos allá dentro, o en el fondo del mar, si no hubiera sido por usted!

—Cierto. Pero no es eso todo lo que importa. Hay algo más. Según parece, ustedes se han olvidado ya de preguntarse cómo es posible que los detuvieran a todos, a los doce, prácticamente a la vez. ¿Ya no se lo preguntan?

Se hizo el silencio entre los espías. En los asientos de mando iban el piloto y el copiloto, con los auriculares puestos, de modo que no podían oír nada. Pero los demás sí podían oír. Sin embargo, nadie contestó.

—¿Ya no se lo preguntan? —insistió Nora con voz tensa.

—¿Para qué? —musitó uno de ellos—. Según parece, usted ya tiene la respuesta.

—Así es. Fue uno de los motivos por los que quise volver a Baroa, afrontando todos los riesgos. La detención de todos ustedes a la vez es un hecho revelador. En alguna parte, en algún momento, hubo traición. Yo fui a Baroa para intentar por todos los medios conocer el nombre del traidor.

—¿Y lo ha sabido?

—Sí.

Un nuevo silencio. Por fin, la voz de otro agente secreto:

—¿Es uno de nosotros?

—Sí.

—No… No es posible…

—Se vendió por dinero. Y yo no tengo ninguna necesidad de mentir.

—No he querido decir eso. Pero entre nosotros…

—Esta es la única parte que jamás podré aceptar de nuestro trabajo —musitó Nora—. ¡No la comprendo! Un hombre no es más rico por tener diez mil dólares que quinientos mil. No es más rico si él es un hombre y tiene dignidad e integridad. Todo lo que puede conseguirse con medio millón, o con quinientos millones, es superfluo. O, al menos, no vale tanto como él mismo, como sus amigos, como su patria. Yo lo veo así, y como creo estar acertada, jamás perdonaré a un traidor. Jamás. Un traidor que vendió a once compañeros para hacer la jugada a otras personas, y luego cobrar en dinero su traición repugnante. Porque, claro, el traidor creía que escaparíamos de verdad en la lancha, y que más adelante cobraría su parte. Espero que se haya desengañado. El traidor sólo puede esperar traición. Y si no hubiera sido por mí, todos ustedes, yo, y el mismo traidor, estaríamos ahora en el fondo del mar, despedazados a cañonazos. Si estoy hablando tanto, es para que el traidor me comprenda, para que reflexione: ¿vale más el dinero que pensaba cobrar que el haber escapado junto a sus compañeros, haber compartido aventuras, peligros, miedo…? ¿Vale más? Espero respuesta de uno de ustedes.

Durante unos segundos nadie se movió. Por fin, uno de los agentes, pálido, se puso en pie.

—¿Es tarde para admitir que uno ha estado equivocado, Baby? —musitó, con voz crispada.

—Sí —ella lo miró fijamente—: es tarde ya, Simón.

—Lo lamento.

—Terence —jadeó otro de los espías—. No es posible… ¡Tú no has podido ser el traidor, tú no…!

—Lo siento, Spencer.

—Por Dios… No tú, Terence…

—No es cosa a discutir —cortó secamente la rubia espía—: la

verdad es ésa, y hay que aceptarla. La sentencia es sólo una, y hay que cumplirla. Aunque no es cosa fácil, lo sé. Sin embargo, cuando existe un traidor, todos sabemos que ya nada tiene solución. Jamás podríamos volver a confiar en él para nada. Jamás.

—Pe-pero… algo… algo se debe poder hacer —tartamudeó Spencer.

—No —negó Nora—: nada.

—Es cierto —asintió Terence Mathews—. No se puede hacer nada, Spencer. Nadie puede hacer ya nada. Ella tiene razón en todo lo que ha dicho… Pero también en esto: nadie puede hacer nada. ¿Puedes hacerlo tú? ¿Podéis hacerlo los demás?

Terence Mathews fue mirando uno a uno a sus once compañeros, y todos ellos, tras sostenerle la mirada, bajaron los párpados. La situación era muy violenta, dura, desesperante. La revelación había sido brutal. En el fondo, todos habían intuido algo así, pero se habían negado a admitirlo. La lógica era la lógica, pero ellos la habían rechazado, temiendo pensar demasiado, no queriendo ahondar en aquel asunto que no podía estar más claro.

Y Terence Mathews machacó:

—Nadie puede hacer ya nada. Ni siquiera yo mismo.

—Yo, sí —dijo Nora Tisdale.

El traidor la miró, con expresión desafiante. Vio la pistolita en su delicada mano, y sabía que el arma estaba cargada ahora, ya que ella había repuesto las balas mojadas por otro cargador, que había estado en el mismo paquete que su disfraz de anciana, con el cual se había presentado. Sabía esto, sabía con quién se las estaba viendo, pero sonrió secamente, y dijo:

—No. Ni siquiera usted puede ya hacer…

Plof.

Simón-Terence apenas se movió. Se llevó las manos al pecho, justo sobre el corazón. Cuando las retiró, estaban manchadas de sangre, y en sus ropas se vio la roja señal. Pareció a punto de decir algo, pero sus ojos se alzaron, mostrando todo el blanco de la córnea, y cayó de bruces. Durante más de medio minuto nadie se movió. Por fin, Nora Tisdale se movió. Se puso en pie, fue a una de las puertas del hidroavión y la abrió. Luego, asió un pie del espía, y lo arrastró hasta el borde, y lo empujó. Con el viento de la marcha, pareció que en el aparato entrase una corriente helada, que

estremeció a los doce espías que quedaban. Doce. Evidentemente, el trece había sido muy mal número. Muy malo.

Nora Tisdale cerró la puerta del aparato, volvió a su sitio, guardó la pistolita en su maletín rojo con florecillas azules, y quedó con la mirada fija en el exterior, en el cielo lleno de estrellas, con la Luna, que parecía rebotar sobre el mar en miles de manchas de plata.

De pronto, la espía escondió el rostro entre las manos, y estalló en un profundo sollozo. Estaban todos tan impresionados, que pasó un buen tiempo antes de que, por fin, uno de los agentes diese un paso hacia ella, alzando una mano para posarla en un hombro de la espía. Pero uno de sus compañeros apartó aquella mano.

—Déjala.

—Pero no… no es justo que ella llore… Terence nos vendió a todos, era un traidor… Estaríamos todos muertos si ella no…

—Te digo que la dejes. ¿No lo entiendes? Ella ha matado a un Simón… De todos los que estamos aquí, ella es quien más lo siente, por todo cuanto significa. Déjala que llore: tiene derecho a ello.

Nadie dijo nada más.

Y la señorita Tisdale continuó llorando, mientras el hidroavión, con once agentes de la CIA arrancados de las garras de la muerte, continuaba su ruta hacia la libertad… y la vida.

Este es el final

Charles Alan Pitzer, jefe del Sector de Nueva York de la CIA fue precedido por Peggy hasta el salón del lujoso apartamento, en el «Crystal Building». Quinta Avenida de Nueva York. Llevaba un gran ramo de rosas rojas, y, cuando vio a Brigitte Montfort, sentada en el gran sofá, con un libro en las manos, sonrió obsequiosamente.

—Ah… La insuperable Baby… ¿Cómo le va, querida niña?

Brigitte alzó la mirada, sonrió levemente, y su mirada se fijó en el gran ramo de rosas rojas.

—Es usted muy amable al traerme personalmente las flores, tío Charlie.

—Una pequeña cortesía… y un gran tributo de admiración. Me pregunto si usted fallará, tarde o temprano, en alguna de las misiones que le encomiende. Yo diría que es poco probable… Por no decir que es imposible. Yo creo…

—¿Ha habido alguna dificultad con los once agentes que regresaron vivos?

—No… Ninguna. Todos ellos están encantados con Nora Tisdale. Aunque, naturalmente, nadie podrá convencerlos de que no fue Baby quien resolvió aquel asunto. Han sido sometidos a reconocimiento médico y siquiátrico. Todo está bien, no sufrieron ninguna clase de daño. Mmm… Se ha recibido un mensaje diplomático de Tomocán. El presidente, don Orlando Carabias, asegura que, si bien sus tendencias políticas, su ideología personal, tienden hacia el comunismo, espera conservar la amistad y sobre todo el respeto mutuo entre su país y Estados Unidos. En cierto modo, es un triunfo en toda la regla.

—Me alegro mucho. ¿Algo más?

—Bien… No sé… Como siempre, las felicitaciones de la Central. Yo… pensé que podríamos tomar una copa de champaña… con guindas, por supuesto. La ocasión…

—No.

—¿No? —murmuró Pitzer.

—No.

—Brigitte, querida: aquel hombre era un traidor, y por lo…

Ya no dijo nada más. Brigitte Montfort le estaba mirando fijamente, y él la conocía hacía demasiados años para no entender aquella mirada. Dejó las flores en el sofá, acarició los negros cabellos de la más fabulosa espía del mundo, y se fue, en silencio, pensando que cualquier día aquel gran corazón sería aniquilado por una cualquiera de las muchas y sucias mentiras del espionaje. ¡Maldito fuese el espionaje!

FIN